

J ESTUDIOS S JALISCIENSE

40

Mayo de 2000

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

José María Muriá



ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

La antropología social en Jalisco



JAIME OLVEDA

Del positivismo a la nueva historia



CRISTINA GUTIÉRREZ ZÚÑIGA

ROGELIO MARCIAL

Sociología en Guadalajara



AGUSTÍN VACA

La fuerza de la historia oral

J ESTUDIOS JALISCIENSES

Revista trimestral de El Colegio de Jalisco

EDITORES

José María Muriá, Jaime Olveda y Agustín Vaca

ADMINISTRADORA

Angélica Peregrina

APOYO TÉCNICO

Patricia Arellano

CONSEJO EDITORIAL

Jorge Alarcón (Universidad de Guadalajara). Georges Baudot (Université de Toulouse-Le Mirail). Guillermo de la Peña (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social). Juan Manuel Durán (Universidad de Guadalajara).

Claudi Esteva Fabregat (Universidad de Barcelona). Moisés González Navarro (El Colegio de México). José Luis Martínez (Academia Mexicana de la Lengua).

Mayo de 2000

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

José María Muriá 3

ANDRÉS FÁBREGAS PUIG

La antropología social en Jalisco 6

JAIME OLVEDA

Del positivismo a la nueva historia 23

CRISTINA GUTIÉRREZ ZÚÑIGA

ROGELIO MARCIAL

Sociología en Guadalajara 34

AGUSTÍN VACA

La fuerza de la historia oral 49

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco:

Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
El Colegio de México, A.C.
Ayuntamiento de Guadalajara
Ayuntamiento de Zapopan
El Colegio de Michoacán, A.C.

Estudios Jaliscienses

La responsabilidad de los artículos es estrictamente personal de los autores. Son ajenas a ella, en consecuencia, tanto la revista como la institución que la patrocina.



5 de Mayo 321
Zapopan, Jalisco

Introducción

A diez años de su natalicio, *Estudios Jaliscienses* propone una reflexión general sobre la evolución de algunas ciencias sociales en el ámbito local.

Dado el color regionalista de esta revista y su perseverancia en los temas domésticos, de conformidad con las ideas que dieron lugar a su creación, consideramos que una manera de subrayar la aparición de este número cuarenta podía ser que distinguidos estudiosos de El Colegio de Jalisco, institución a la que se sumó dicha revista trimestral antes de cumplir los primeros 24 meses de vida, hablaran precisamente de cómo han sido las cosas en Jalisco en el ámbito académico de su predilección.

Mas conforme a la tónica que se ha ido imponiendo en el estudio de nuestra sociedad desde hace ya un buen tiempo, se ha cuidado de que tal reflexión no fuese determinada por una perspectiva tan excesivamente *parroquial* como la que predominó antaño, al mediar el siglo. Me explico: valioso cambio de los últimos treinta años ha sido encuadrar y relacionar los fenómenos locales con circunstancias generales según la idea de que, por muy original que nos parezca, lo ocurrido en casa siempre podrá entenderse mejor si su estudio empírico e intrínseco se enriquece a la luz de contextos más generales y hasta de fenómenos que, no obstante su lejanía, han influido señaladamente en el particular acontecer local.

Esta ha sido una nota que ha dominado en los estudios regionales durante los últimos años y ha sido también una preocupación de *Estudios Jaliscienses*, por lo tanto no podían ser de otra tónica las reflexiones que se pueden leer a continuación sobre el devenir de la historia, la antropología y la sociología en el estado de Jalisco.

Lo que podría llamarse el “mito de la objetividad” y un culto casi delirante por la “verdad absoluta”, ha cedido el paso a un concepto más relativo y dinámico del conocimiento y, sobre todo, ha reconocido respetuosamente la ineludible presencia en cualquier estudio de una cierta carga subjetiva impuesta por el sujeto mismo y por su propia personalidad, así como por las circunstancias, el ambiente y las diferentes situaciones de que éste forma y ha formado parte.

Primero un positivismo traducido en nuestro medio de una manera excesivamente simple y, años después, un marxismo esquemático y

dogmático -contrario por lo mismo incluso a la propia dialéctica materialista-, pusieron respectivamente en el candelero la búsqueda casi religiosa de tan rígidas metas: alcanzar una verdad y una objetividad absolutas.

Mas la lectura y consideración de autores foráneos, la experiencia de quienes tuvieron la oportunidad de estudiar también fuera de aquí y, sobre todo, un afán primigenio de entender lo acaecido en función de nuestra propia situación actual, dieron lugar al presente atributo relativista de los estudios sociales en Jalisco que, de seguir así, auguran una futura comprensión mucho más rica de las situaciones locales y, por ende, también del panorama nacional.

Vale la pena señalar que durante los últimos años la situación de los estudiosos de la sociedad ha cambiado sustantivamente entre nosotros. Primero, aunque fuera con catedráticos a veces un tanto improvisados en las materias que habrían de impartir, se abrieron estudios específicos en las universidades; luego se presentó la oportunidad de obtener salarios más o menos decorosos, al tiempo que, quizá con excesiva liberalidad, se repartían becas para estudiar en el extranjero.

La calidad de los entrenamientos creció de manera vertiginosa, las condiciones laborales mejoraron de manera muy notable e, incluso, mejoraron un poco ciertos repositorios de fuentes bibliográficas y documentales, y aparecieron algunos nuevos. Lástima que muchos no se hayan sabido aprovechar y, lástima también, que muchas posiciones hayan sido usufructuadas por verdaderos "vividores" de la investigación cuya agrafia e inutilidad para el conocimiento se sostiene con una entereza digna de mejor causa. Lo peor es que alimentan a los enemigos de que se inviertan fondos públicos en este tipo de faenas y mucho ayudan a deteriorar la imagen de los verdaderos investigadores, en cuyo trabajo se escudan quienes no dan golpe.

Otro concepto abrazado, implícita o explícitamente, por los cuatro autores es el de que los estudios de la sociedad deben constituir una suerte de "mercado común". La irrupción de la antropología y la sociología en el ámbito local implicó, en algunos casos, que reclamaran una potestad absoluta sobre una rebanada de la sociedad y, bajo la premisa de la "necesaria especialización científica", hicieron caso omiso de las aportaciones de otras disciplinas colindantes e incluso sobrepuestas. A lo más que se llegaba, cuando se era muy flexible, era aceptar la posibilidad del trabajo multidisciplinario.

Por fortuna, de lo que dan fe los textos de esta revista, la situación ha cambiado y, sin prejuicios, cada vez más estudiosos contemporá-

neos de la sociedad -ya sea remota o lejana- se permiten recurrir a cualquier método, a cualquier técnica, a cualquier enfoque y a cualquier tipo de fuente que resulte de utilidad para lo que está haciendo.

No se trata exactamente de lo mismo que de estudios interdisciplinarios, sino de concebir que la sociedad es una e indivisible, de no ser para los fines de su estudio, y que su complejidad sólo puede ser relativamente desenmarañada si se echa mano de cuanto recurso esté a nuestro alcance.

La capacidad de que hacen gala Olveda, Fábregas, Gutiérrez, Marcial y Vaca para reflexionar sobre su propio trabajo y el de sus colegas más cercanos, puesto que ellos mismo constituyen piezas medulares de los temas que tratan, así como la perspicacia para destacar lo más importante de lo que se ha realizado en los últimos años, ratifican que fue una buena idea invitarlos para que, desde su particular perspectiva, nos dejaran un testimonio de cómo ven lo acaecido durante los últimos años en su campo de trabajo.

Es obvio que Olveda tenía que remontarse más que sus compañeros. Su disciplina, la Historia, es muy antigua. Caso diferente es el de otras disciplinas de aparición relativamente reciente entre nosotros: la Antropología, ameritada en Jalisco por su impronta en el panorama nacional en virtud de abordar temas no indígenas y de hacerlo muy bien; de la Historia Oral, aprovechada y enriquecida por el propio Vaca mejor que nadie, y la Sociología, que brotó en Jalisco en el seno de la Universidad de Guadalajara durante la plenitud del dogmatismo marxista de los años setenta. Desgraciadamente se mantuvo al margen de un compromiso real con el conjunto de la sociedad y no empezó a levantar cabeza hasta que se modificó sensiblemente su concepción y enseñanza. Una muestra de su empuje son, precisamente, los valiosos trabajos que ha emprendido Rogelio Marcial.

Cristina Gutiérrez, quien ha logrado ya importantes realizaciones que constituyen una muestra excelente de lo mucho que puede alcanzar, aporta a la sociología local una serie de experiencias diferentes a las de la mayoría de sus colegas.

En su conjunto, los cuatro textos que constituyen este cuadragésimo paso de *Estudios Jaliscienses*, ofrecen una rica reflexión y una que otra conclusión que podrían incluso sugerir mejoras en el futuro, aparte de coadyuvar a la mejor comprensión de los caminos que ha seguido nuestra sociedad del occidente de México para estudiarse a sí misma.

José María Muriá

La antropología social en Jalisco

Andrés Fábregas Puig
El Colegio de Jalisco

El propósito de este artículo es destacar las características que ha tenido el desarrollo de la antropología social en Jalisco. Se ha prescindido de la revisión bibliográfica, trabajo de naturaleza distinta al objetivo trazado.

Como una disciplina académica, la antropología social se consolidó en México al iniciarse el gobierno del general Lázaro Cárdenas del Río.¹ El departamento de antropología que operaba en la escuela de biología del Instituto Politécnico Nacional, en 1942 se transformó en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) incorporada al recién fundado Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y unida a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por un convenio en el que se especificaba la exclusividad de la ENAH para impartir las disciplinas antropológicas en el país. La ENAH, iniciada en los históricos locales de la calle de Moneda, en el Distrito Federal, se concibió según el esquema de Franz Boas, antropólogo alemán emigrado a Estados Unidos, entendiéndose a la antropología como una macro disciplina compuesta de especialidades. Estas son: Antropología Física, Antropología Social, Arqueología, Etnohistoria, Etnología y Lingüística.

Por supuesto, nadie puso en duda que la enseñanza de la antropología y sus varios ramales debía de localizarse en el Distrito Federal como competencia exclusiva de la ENAH. Aún en la propia ciudad de México, no deberían abrirse otras escuelas distintas a la Nacional.

1. Cfr. José Lameiras Olvera. "La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". *Ciencias Sociales en México. Desarrollo y perspectivas*. México: El Colegio de México, 1979.

El alumno que ingresaba a este esquema -aún vigente- debía cursar dos semestres de un tronco común que lo familiarizaba con las ramas de la antropología mencionadas. Al terminar ese período, el estudiante ingresaba a la especialidad de su preferencia, en una escuela que durante toda la década de los años sesenta no rebasó los trescientos alumnos. Ello conformó un espacio que facilitaba la comunicación intensa entre los mismos alumnos y entre éstos y los profesores. Había, además, otra característica en el alumnado que es preciso mencionar: varios de ellos habían cursado otras carreras universitarias y portaban visiones variadas que auxiliaron a los alumnos menos experimentados a comprender mejor lo que escuchaban en las aulas.

La otra característica del nacimiento académico de la antropología en México es que fue concebida como una ciencia especializada en el orbe indígena, tanto de su pasado como de su presente. De esta forma, la antropología física se dedicó al estudio de las características biológicas -en su más amplia acepción- de la población y su relación con la cultura entre los pueblos indios; la antropología social se identificó con las formas de organización de los mismos; la arqueología se concentró en el análisis de los grandes centros del desarrollo cultural en la época prehispánica; la lingüística se cedió a los misioneros del Instituto Lingüístico de Verano que se ocuparon de los idiomas vernáculos; la etnohistoria se especializó en la historia precolombina y la etnología en el análisis de las culturas indígenas de México. La antropología se ajustaba así a la definición propuesta por los antropólogos británicos, es decir, una rama de la sociología especializada en el estudio de los pueblos no occidentales.

Pero también este esquema respondía a una visión surgida de la Revolución de 1910 que sostenía la urgencia de construir una cultura nacional (en realidad, una cultura central) como única posibilidad de consolidar al nuevo Estado Mexicano. Para ello, se decía, era indispensable integrar a los indios a la sociedad nacional, induciendo el mestizaje iniciado en la Colonia. Es

decir, el país -según el esquema integracionista- debía profundizar su naturaleza mestiza porque es este sector el que porta la cultura nacional. Aún los pueblos indios, decía Gonzalo Aguirre Beltrán, son mestizos hablantes de lenguas vernáculas. Los regímenes de gobierno surgidos por la Revolución de 1910 heredaron el planteamiento de que para forjar una nación en el contexto de una sociedad de matriz colonial como la mexicana, era necesaria una política integrativa, homogeneizadora de la población en torno a un proyecto llamado México.

Este aspecto es clave para entender que la política indigenista es un diseño de Estado, puesto en práctica por los sucesivos gobiernos del país en busca de la modificación de las formas de sociedad y de cultura de los pueblos indios, de sus hábitos económicos, para hacerlos congruentes con el desarrollo nacional. Esta fue la tarea asignada a los antropólogos. La ENAH se concibió como el lugar para preparar a los profesionales que, desde el Instituto Nacional Indigenista (INI), pondrían en práctica la visión integracionista como política del Estado Mexicano hacia las poblaciones indias. Quiquiera que revise los planes de estudio vigentes en la ENAH desde su fundación hasta 1970, se encontrará con materias que enfatizaban el conocimiento de los pueblos indios de México. Este hecho, tan destacado en definir la práctica de la antropología en el país, es uno de los factores explicativos de por qué la antropología llegó a Jalisco bien entrado el siglo XX. En efecto, la presencia indígena en la vida social y cultural de los jaliscienses es lejana, no obstante que la población Huichol ocupa una parte considerable de la región norte del estado y los Nahuas no han renunciado a su presencia tanto en el sur de Jalisco o en lugares como la sierra de Manantlán.

En contraste con la situación de la antropología, la historia ha tenido en Jalisco un notable desempeño. Una de las bibliografías especializadas en historia más notables del país se ha producido y se sigue produciendo en Jalisco. La reflexión acerca de la historia local y

regional es una tradición académica arraigada en el estado, iniciada en los días coloniales, cuando el actual territorio jalisciense pertenecía a la Audiencia de la Nueva Galicia.² Incluso, el Instituto Jalisciense de Antropología e Historia (IAIH), fundado en 1959, impulsó la investigación histórica y, en menor medida, la arqueológica, e ignoró la antropología social. El panorama no cambió cuando el IAIH fue absorbido por la Universidad de Guadalajara en 1973, año en que se estableció en Jalisco el Centro Regional de Occidente del INAH, que permitió una mayor presencia de la arqueología sin desplazar la investigación histórica que, incluso, continuó siendo dominante.³

Desde el ángulo de la enseñanza, la escuela de antropología fundada en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG) es relativamente reciente. Dicha escuela abrió sus aulas en 1972 y, nuevamente, la historia y la arqueología dominaron el plan de estudios en el que la antropología social tiene una pobre presencia.⁴

El establecimiento de una antropología social hecha desde Jalisco está vinculado al surgimiento y desarrollo en México de una antropología no indigenista. Ello ocurre a partir de la crisis gestada en los años sesenta, que alcanzó su punto culminante en 1968, en el contexto del movimiento estudiantil de aquel año. La generación de antropólogos formada en esos momentos, buscó insertar la antropología social en el análisis de aspectos que rebasaban el ámbito de las poblaciones indígenas. El concepto de región, retomado de la misma antropología, se contrapuso al de comunidad que dominaba los estudios antropológicos.⁵ Y son las regiones de Jalisco las que atraen a los antropólogos sociales, entre ellos varios jaliscienses, en búsqueda de una comprensión más amplia y afinada del país.

Por supuesto, este cambio en la antropología mexicana no ocurrió de un momento a otro, sino que se fraguó a lo largo de varios años. Son diversos y complejos los factores explicativos de este viraje en el que la sociedad jalisciense tiene un papel destacado. Uno de esos factores ha sido la desconcentración de la investi-

2. Cfr. José María Murriá. "La etnohistoria en Jalisco". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México. Panorama histórico*. México: INAH, vol. 13, 1988, pp. 57-70.

3. Cfr. Cándido Galván Ruiz. "Instituto Jalisciense de Antropología e Historia". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 7, pp. 180-193.

4. Cfr. Daria Deraga y Rodolfo Fernández. "Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma de Guadalajara". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 7, pp. 324-332.

5. Cfr. Guillermo de la Peña. "Los estudios regionales". Carlos García Mora y Mercedes Mejía Sánchez, (coords.). *La antropología en México...* vol. 4, pp. 629-675.

gación y la enseñanza de la antropología iniciada lentamente desde los años cuarenta con la fundación de institutos regionales en Yucatán primero y después en Veracruz. En este último estado se fundó la segunda escuela de antropología que funcionó en el país, dentro de la Universidad Veracruzana cuando, en 1957, su rector era el destacado antropólogo indigenista Gonzalo Aguirre Beltrán. Aunado a este movimiento desconcentrador —que aún tiene un largo trecho por recorrer— la crisis de los años sesenta provocó discusiones y revisiones que fueron definiendo varias concepciones del quehacer antropológico y cuáles deberían ser sus temas prioritarios en un país como México.

En ese cambio que estaba en marcha jugó un papel determinante Ángel Palerm. Egresado de la ENAH, había emigrado a los Estados Unidos en donde permaneció varios años hasta su retorno en 1966, año en que se incorporó a la Escuela de Antropología de la Universidad Iberoamericana (UIA). En ese mismo año, invitado por los alumnos, Ángel Palerm dictó un curso intensivo de teoría etnológica en la ENAH, introduciendo un punto de vista crítico que, como viento fresco, recorrió las aulas dominadas por un marxismo de catecismo en convivencia con una etnografía acrítica, centrada exclusivamente en los pueblos indios. La reestructuración del Departamento de Antropología Social (DEAS) de la Universidad Iberoamericana que por aquél entonces emprendió Palerm con el auxilio de Carmen Viqueira y la posterior incorporación de Arturo Warman, se combinó con la crisis de la ENAH desatada por la expulsión de los antropólogos como una de las consecuencias de la represión al movimiento estudiantil. A ello, se sumó la fundación del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CISINAH), actualmente Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), iniciándose el período presidencial de Luis Echeverría Álvarez en 1973, centro del que Ángel Palerm fuera primer director. En aquellos momentos, los antropólogos mexicanos ocupaban espacios políticos

que permitieron abrir una perspectiva nueva. Guillermo Bonfil Batalla era el director general del INAH y Gonzalo Aguirre Beltrán, subsecretario de Cultura. Estas circunstancias fueron bien aprovechadas por Palerm, cuya mentalidad de estrategia no dejó pasar la ocasión. De esta manera, formó grupos de investigación en el CISINAH con estudiantes del DEAS de la UIA al frente de los cuales puso a investigadores formados o en vías de completar su formación. Se configuró un contexto de tres factores que permitieron el viraje de la antropología social en México: 1. La desconcentración del Distrito Federal de la investigación y la enseñanza antropológicas; 2. La búsqueda, dentro y fuera del Distrito Federal, de alternativas a la ENAH y 3. La propia renovación temática de la antropología social. Todo ello insertado en los cambios de la sociedad mexicana, varios de cuyos resultados vivimos actualmente.

En aquel momento, la reflexión antropológica en México se encaminó por la búsqueda del equilibrio entre un enfoque diacrónico prevaleciente y otro sincrónico, a través de la combinación de las orientaciones derivadas de la sociología que transmitían los antropólogos británicos y la escuela neoevolucionista encabezada por el norteamericano Julián Steward y de la que el propio Palerm era uno de los principales representantes. A ello se sumó un enfoque crítico para adecuar la antropología social al tipo de problemas de México en particular y de América Latina en general. Si hoy no resulta novedoso discutir las tesis de Steward, sí lo era por aquellos años. Además, la introducción del llamado "evolucionismo multifilial" en las discusiones de los antropólogos mexicanos, constituyó el preámbulo para revisar a Marx, en el más amplio sentido de la palabra. En efecto, no era posible eludir las tesis marxistas acerca del llamado Modo Asiático de Producción. Justo en esos años (1965-1970), ocurría en el ambiente académico internacional un debate acerca de estas cuestiones. Ello implicaba a marxistas y no marxistas, a antropólogos y a historiadores.

En México, la discusión adquirió una doble vertiente: por un lado, el debate de los planteamientos de Marx y, por el otro, su posible aplicación al contexto mexicano. De esta manera, Palerm introdujo a otro pensador de gran importancia, Karl W. Wittfogel, autor de la controvertida hipótesis acerca de las "sociedades hidráulicas". Este último esquema sacudió la arqueología mexicana y las interpretaciones de Mesoamérica en general. Las sociedades del mundo prehispánico debían ser revisadas con otros ojos, como de hecho estaba ocurriendo a través de los trabajos de figuras ampliamente conocidas como Federico Katz, Pedro Armillas o Pedro Carrasco. Estas nuevas orientaciones exigían enfoques macro sociológicos y macro históricos, más allá de los que se aplicaban en los estudios de comunidad. Así mismo, conducían hacia una reformulación de la actividad académica de la antropología social, fundamentalmente de la investigación y la enseñanza, que en México quería decir superar el esquema boasiano. En otras palabras, se trataba de ir más adelante del puro enfoque etnográfico sin abandonarlo, consolidar el trabajo de campo y salirse de la camisa de fuerza del indigenismo para trabajar no sólo en los problemas de los pueblos indios sino también en los de la sociedad en su conjunto. Así se instalaron como temas antropológicos el estudio del campesinado, las clases sociales en su más amplio abanico, las ciudades y en general, los procesos históricos que han definido a México. Se orientó una parte de la antropología social a los estudios urbanos para librarse de sólo analizar el medio rural. Se conformaba así, una orientación diferente en la antropología social mexicana que tuvo amplias repercusiones en Jalisco, como más adelante se mostrará.

No menos importante fue la revisión, impulsada también por Ángel Palerm, del quehacer profesional del antropólogo para, en función de ello, plantear nuevos programas de estudios en las escuelas universitarias. La discusión llevó a la conclusión de que el antropólogo social no debe ser reducido a sólo un "apli-

cador” de fórmulas preestablecidas en las aulas. Por el contrario, a cualquier antropología social aplicada debe precederle la investigación concreta. En congruencia, las escuelas tendrían que superar la orientación puramente “profesionista” para formar investigadores capaces de aplicar a la realidad el conocimiento construido por ellos mismos. Este punto resultó esencial para estimular los nuevos rumbos que estaba tomando la antropología social en el país. En efecto, la concepción indigenista e integracionista veía en el antropólogo social una especie de agente del desarrollo comunitario. Su papel, según esa misma concepción, era comprender los mecanismos culturales de los pueblos indios para encontrar la forma de incorporarlos al desarrollo, entendido éste desde la óptica mestiza. En contra de esta visión, la antropología no indigenista planteaba la formación de investigadores capaces de aplicar el conocimiento a su realidad.

La sociedad jalisciense se adecuaba bien a las nuevas perspectivas de la antropología social. Es, además, una sociedad de tradición anticentralista arraigada. Si los antropólogos sociales no habían puesto su mirada en ella, era por las limitaciones ya señaladas. En los años setenta se contaba con sólo un estudio propiamente antropológico elaborado en Jalisco: el de Paul S. Tylor, difundido en su libro *A Spanish-Mexican Peasant Community: Arandas in Jalisco, Mexico*, editado por la Universidad de California en 1933. Cuarenta años después de esa publicación, en 1973, un grupo de antropólogos mexicanos inició el estudio de Los Altos de Jalisco, abriendo con ello el análisis de una región que actualmente es una de las mejor documentadas por la literatura de ciencias sociales en el país. En otro artículo he comentado el desarrollo de los estudios de antropología social en la región alteña.⁶ Sólo mencionaré que el grupo de investigadores combinaba estudiantes del DEAS de la UIA con investigadores del recién fundado CISINAH, actualmente el CIESAS, institución que patrocinaba la investigación. Ello era posible no sólo por la aplicación de la estrategia diseñada por Ángel Pa-

6. Cfr. Andrés Fábregas Puig, “Los Altos de Jalisco y la antropología”, *Estudios Jaliscienses*, Zapopan: El Colegio de Jalisco, núm. 37, agosto de 1999, pp. 13-26.

lerm, sino a que éste también era el director del CISINAH y profesor de antropología en el DEAS de la UIA.

La aplicación de los análisis antropológicos combinando la orientación macro sociológica con la macro histórica, introdujo en la literatura antropológica de México a un personaje nuevo para ella: el rancharo. Éste se avino perfectamente a los propósitos de establecer una antropología social no indigenista al hacer perfecto contraste con el indio. El trabajo de campo descubrió al rancharo como el resultado de una historia diferente a la de las comunidades indias y en contraste con éstas. En efecto, el indio proviene de una tradición histórica de comunalismo en la propiedad de la tierra; en contraste, el rancharo procede de una tradición que se forjó en la propiedad individual de la tierra, de apego a la familia más que a la comunidad; en la colonia, el indio estuvo atado a la encomienda mientras que el rancharo configuró a un campesinado libre; el indio tuvo que ser evangelizado dando lugar a sincretismos religiosos variados en contraste con el catolicismo sin combinaciones del rancharo. Éste está imbuido de una actitud empresarial de la que carece el indio. La sociedad jalisciense proveía así los resultados concretos que posibilitaban el desarrollo de una antropología no indigenista que, además, auxiliaba a entender mejor a los propios indios y llenaba los objetivos de comprender la sociedad mexicana en su conjunto. Desde Jalisco se apreció que la situación de los pueblos indios no respondía a una falta de integración. Al contrario, su integración era efectiva, real, solo que asimétrica, desigual.

De aquí, se presentaron otros contextos como urgentes de analizar. De este nuevo planteamiento emergió una relación más: la del Estado Nacional con el campesinado libre en contraste con las comunidades indias y los ejidos surgidos del reparto agrario propiciado por la Revolución. Un México en donde el rancharo provocaba reflexiones más amplias acerca de la pluralidad del país y del papel jugado por las explotaciones agro ganaderas de mediano y pequeño tamaño. El esquema que había planteado Palerm, de entender la

economía colonial a través de las relaciones entre las zonas mineras y las agro ganaderas, se fue aclarando. La marginalidad del ranchero, además, condujo a revisar el concepto de frontera y a tratar de entender su localización colonial como parte del proceso de fijación de territorios mediante una estrategia diseñada estatalmente por el dominio castellano. Jalisco se configuró, en la literatura de la antropología social, como una sociedad de frontera, de hombres a caballo, católicos, de espíritu emprendedor y con la familia como la base de su organización.

Casi simultáneamente al estudio de Los Altos de Jalisco, el antropólogo jalisciense Guillermo de la Peña dirigió, en 1974, a un notable grupo de investigadores que se propusieron estudiar el sur de Jalisco. El análisis estructural se combinó con la orientación macro histórica del neoevolucionismo para producir un examen regional que es actualmente un clásico de la literatura antropológica mexicana. Incluso, en el contexto de ese proyecto, José Lameiras Olvera escribió uno de los libros más esclarecedores acerca de Jalisco.⁷ A través de este gran proyecto, la sociedad jalisciense mostró de nuevo su complejidad a la vez que influyó en la reorientación de la antropología social. De esta investigación se desprendieron más análisis acerca del Estado Nacional, la persistencia de la identidad étnica, las formas institucionales establecidas en el contexto de las relaciones entre el Estado Mexicano y los campesinos. Y, muy importante, mostró en un contexto diferente el peso de las relaciones entre el Estado Nacional y la Iglesia católica en el transcurrir histórico de la sociedad mexicana. De la Peña, como director del proyecto, avanzó en la construcción del concepto de región al mismo tiempo que contribuía a la construcción de la antropología social no indigenista con un material original, teórico y etnográfico, acerca de las relaciones entre economía y sociedad, la formación del empresariado y las estructuras de poder. Varios estudiantes de antropología de la Universidad Iberoamericana se graduaron con tesis producidas en esta investigación.⁸

7. Cfr. *El Tuxpan de Jalisco. Una identidad danzante*. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1990.

8. Cfr. Guillermo de la Peña, *et. al. Ensayos sobre el Sur de Jalisco*. México: CISINAH (Cuadernos de La Casa Chata, 4), 1977.

Después de los primeros estudios regionales de la década de los setenta, la antropología social encontró un espacio de consolidación en Jalisco, al fundarse el CIESAS de Occidente en 1987. El movimiento desconcentrador mencionado antes, proseguía. Esta vez era el propio CIESAS el que rebasaba las fronteras del Distrito Federal para instalarse en Jalisco como antes lo había hecho en Jalapa, Veracruz, y en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. La importancia del CIESAS de Occidente para el desarrollo de la antropología social en Jalisco está marcada no sólo porque en esa institución se agrupa el mayor número de investigadores antropólogos que existe en el estado, sino también por la calidad de su producción y la renovación temática que en campos como el estudio de las migraciones hacia los Estados Unidos y la antropología urbana en su más amplio aspecto, ha representado y representa. Han sido los antropólogos sociales del CIESAS de Occidente los que han desarrollado modelos para entender el comportamiento electoral de la población en determinadas regiones, abriendo espacios de reflexión que han enriquecido el análisis político hecho desde la antropología.

Así mismo, otra institución, El Colegio de Jalisco, ha incorporado recientemente a antropólogos a su cuerpo académico contribuyendo con ello no sólo a la expansión de la propia antropología social en el estado, sino también a la apertura de regiones como el Norte de Jalisco y la Costa para su estudio, además de introducir una temática como la que plantea la etnomusicología. No menos importante resulta el impulso que El Colegio presta a los estudios comparativos de regiones entre México y España desde la óptica de la antropología social. Con ello, El Colegio complementa la actividad desarrollada en instituciones como el CIESAS de Occidente, certificando la consolidación de los análisis antropológicos acerca de Jalisco y construidos desde la propia entidad.

Además de las instituciones mencionadas, la Universidad de Guadalajara (U de G) incluye en su cuerpo académico a antropólogos sociales reunidos en el Departamento de Estudios del Hombre, del Centro Uni-

versitario de Ciencias Sociales y Humanidades, mismo que edita la revista *Estudios del Hombre*, única publicación periódica especializada en antropología social que existe en Jalisco.

Al panorama institucional en el que se desarrolla la antropología social en Jalisco le hace falta, y notablemente, el establecimiento de una licenciatura que garantice la formación básica y la alimentación de los programas de postgrado. Esta licenciatura, cuya inexistencia es inexplicable en el contexto del desarrollo alcanzado por la antropología social en el estado, debe plantearse la enseñanza formal de la disciplina como un medio para preparar investigadores especializados en el análisis de los problemas de Jalisco. Los egresados de esa licenciatura (que podría radicarse en una ciudad como Lagos de Moreno), son quienes ingresarían a los programas de postgrado en Ciencias Sociales, o bien, plantearían la necesidad del establecimiento de programas de maestría y doctorado específicos en antropología social.

La antropología social tiene en Jalisco perspectivas de desarrollo propicias, no sólo por la residencia en el estado de un número importante de antropólogos sociales sino por el tipo de problemas que muestra la sociedad actualmente. Una mirada a ellos, así sea rápida, nos ofrece el siguiente panorama.

La sociedad de Jalisco presenta, al final de este siglo, un desarrollo complejo marcado por la desigualdad social y regional. El tipo de problemas que ello representa son competencia de la antropología social, una disciplina que tiene experiencia en el análisis de las regiones y en la intervención para el diseño de modelos de desarrollo regional integral. Además, existe un proceso de diferenciación cultural al interior de Jalisco que es poco conocido debido al poder centralizador de Guadalajara y la difusión de "lo tapatío" como la identidad general en el estado. No ocurre así. Las identidades en Jalisco, que al convergir dan lugar a una identidad jalisciense, son poco conocidas, incluyendo los procesos particulares de su formación.

Debido al peso significativo que los símbolos de identidad de Jalisco tienen en la conformación de la idea de "lo mexicano", tanto en el país como fuera de él, este es otro de los temas más atractivos e importantes para un antropólogo social. Y también lo es para una sociedad que repite el esquema concentrador que ha caracterizado al desarrollo nacional, con los desastres sociales que están a nuestra vista. Es posible evitarlos si los aceptamos y los conocemos. En contraste, poco se ha escrito acerca de ello. En cambio, se está cubriendo bien el proceso de formación de las "comunidades transnacionales" relacionadas con la migración hacia los Estados Unidos. Pero poco sabemos de cómo son las comunidades de jaliscienses que viven del otro lado de la frontera norte mexicana, aunque existen estudios pioneros al respecto.

En Jalisco hemos tenido a una sociedad de catolicismo profundo, tanto, que representa la religiosidad nacional. A lo largo y a lo ancho del territorio del estado se erigen santuarios y se localizan centros de peregrinación que son los más importantes de México. Esto es también un tema de los antropólogos sociales que merece el establecimiento de programas sistemáticos de investigación. Incluso, un episodio nacional tan fundamental como el de la guerra cristera, en cuyo desarrollo Jalisco fue protagonista, aún nos reserva ángulos poco conocidos que la antropología social está facultada para explicar. Siguiendo en el ámbito de la vida religiosa, es importante entender el proceso de alteridad que prosigue su profundización en Jalisco y que es de nuestra incumbencia entender porque en ello va la identidad y la integración de la sociedad toda.

En Jalisco, la antropología social no puede, no debe, dejar de lado el análisis de los pueblos indios. Su abordaje debe hacerse como parte que son de la sociedad en su conjunto. Se trata de entender a Huicholes y Nahuas en el contexto de la sociedad jalisciense y las relaciones interculturales que establecen. Pero no son los únicos indios en el estado. La ciudad de Guadalajara es receptora de grupos humanos que vienen de lugares tan distantes como Oaxaca o bien de entidades

vecinas como Michoacán. Es un problema de la antropología social aclarar cómo se están integrando estos grupos a la sociedad como un todo y cuáles son las transformaciones sociales que de allí se derivan. Además, la antropología social, desde Jalisco, puede contribuir a un mejor entendimiento de la situación de los pueblos indios en el país en momentos como los actuales en que esa comprensión es urgente. El tipo de posibilidades analíticas que en este terreno se le abren a la antropología social en Jalisco, son muchas. Empezando por la comprensión misma de las historias y las estructuras particulares de los pueblos indios hasta su inserción en la sociedad mayoritaria.

El análisis de las relaciones interculturales cobra así un nuevo sentido, ya no dentro del esquema de una antropología indigenista integracionista, sino en el marco de un enfoque integral y pluralista. Se trata, al final de cuentas, de entender la pluralidad cultural de Jalisco y establecer un modelo que admita la convivencia sin marginar a nadie. Las sociedades que en un futuro inmediato no encuentren la forma de establecer esos modelos de convivencia en la pluralidad y dejen avanzar, además, la desigualdad social, serán entidades con conflictos permanentes y casi inviables al desarrollo.

Las ciudades medias de Jalisco crecen a una velocidad poco deseable. Incluso, van por el camino de reproducir los males urbanos que ya tienen Guadalajara y los municipios aledaños, incorporados al crecimiento de la urbe principal del estado. En esos procesos, nuevos grupos sociales han surgido, nuevas identidades, nuevas relaciones sociales y nuevos nichos de ecología cultural urbana que desconocemos. Es un mundo complejo, dinámico, que está irrumpiendo en la vida cotidiana de la sociedad jalisciense, transformándola e imprimiéndole rumbos que apenas atisbamos. Su conocimiento es sencillamente imprescindible como instrumento para el desarrollo y para evitar que se convierta en una experiencia traumática para la sociedad.

Un ejemplo de esos procesos emergentes en vías de consolidarse lo ofrece el mundo del fútbol. En México, y

quizá en el mundo, los intelectuales han visto al deporte como una práctica banal, sin importancia para entender la sociedad. Sencillamente suponen que no tiene nada que ver en la conformación de relaciones sociales y el surgimiento de identificaciones culturales. Tal parece que, en forma sublimada, aplican aquel concepto que decía que la “religión era el opio de los pueblos”, y sin más, para qué perder el tiempo en analizarla. Hoy sabemos que la religión es un fenómeno complejo de vastas consecuencias para la vida social. Igual sucede con el deporte, cada vez con mayores repercusiones en la sociedad contemporánea. En Jalisco, el fútbol tiene un peso significativo en la vida social y, por lo tanto, es objeto de análisis de la antropología social.⁹ Con el fútbol están asociadas las identidades de barrio, las afinidades de clase social e incluso aspectos que sugieren la actitud de tipo religioso. Más todavía, el fútbol se ha convertido universalmente en un símbolo de las naciones y, a través de ello, en una especie de sucedáneo de la guerra. Todos estos aspectos se manifiestan en Jalisco, con las particularidades del caso pero con creciente importancia en la definición de conductas sociales.

El espacio regional en relación con la formación de estructuras de poder es otro de los temas vigentes para un antropólogo social interesado en Jalisco. Bastante de la dinámica de una región está en función de las estructuras de poder y su comportamiento, tanto hacia el interior del espacio regional como hacia el exterior. Además, las estructuras de poder, cuando ejercen un liderazgo legitimado, intervienen en procesos que no son necesariamente políticos sino que están más bien relacionados con aspectos culturales. Que ello puede transformarse en un proceso político es cierto y, precisamente, tema de investigación para un antropólogo social. Es probable que una buena dimensión de la variación regional interna a Jalisco se deba a la actuación de las estructuras de poder y eso es un aspecto que, si se desconoce, echa por tierra cualquier proyecto de planeación integral.

9. Actualmente en El Colegio de Jalisco se lleva a cabo un análisis antropológico de lo que el equipo “Chivas” de Guadalajara significa para sus seguidores.

La puesta en marcha de investigaciones regionales dentro de un marco interdisciplinario será uno de los mejores caminos para reformular la antropología social mexicana desde Jalisco y convergir así con esfuerzos que se llevan a cabo en otras entidades del país. El ámbito intelectual que logra crearse a través de ese tipo de grupos de investigación, propicia un mejor entendimiento de la sociedad y, por lo tanto, una presencia más sólida de los resultados del análisis en la vida social misma. Esta es la mejor perspectiva que en Jalisco se le abre a la antropología social: el fomento del trabajo interdisciplinario en el contexto del análisis regional.

El avance de los estudios de antropología social en Jalisco, debido al esfuerzo de los antropólogos que residiendo o no en el estado han sostenido la investigación, permite refrendar que el enfoque no indigenista, regional e integral no es ocioso. Más todavía, la aplicación de esquemas derivados de ese proceder metodológico nos auxilia a entender mejor la sociedad mexicana en su conjunto. Desde Jalisco hemos aprendido que las diferencias regionales en México se fueron configurando conforme las variadas culturas originales se entrelazaban con las impuestas por el régimen colonial, entre las principales, la religión. De aquí los catolicismos populares que germinaron por el territorio nacional. Por eso, lo que llamamos cultura nacional está constituida de convergencias múltiples procedentes de las regiones y localidades concretas del mosaico mexicano.

Los análisis que la antropología social ha hecho en Jalisco son aportes imprescindibles al conocimiento de la situación social y cultural de la entidad. Estamos ante una disciplina de las ciencias sociales que ha consolidado su presencia gracias al esfuerzo combinado de muchos antropólogos. Incluso, es oportuno apuntarlo, la antropología social en Jalisco también se ha enriquecido al encontrarse con otras disciplinas como la historia y la arqueología. Esta vocación interdisciplinaria es nuestra mejor virtud y debe ser estimulada para bien de la propia disciplina, que así ganará en claridad y, por lo tanto, rendirá un mejor servicio a la sociedad.

Del positivismo a la nueva historia

Jaime Olveda
El Colegio de Jalisco

Es normal que al final del siglo los historiadores nos preguntemos si la Historia ha progresado en el transcurso de estos últimos cien años, o sea, si se ha logrado avanzar en la interpretación del pasado. Si así es, ¿en qué consisten esos adelantos? Los impulsos que ha logrado nuestra disciplina en esta centuria han sido verdaderamente trascendentales. Durante este tiempo se pasó de una concepción positivista o, lo que es lo mismo, de un relato político-biográfico-institucional a uno global o total, entendido esto no como el esfuerzo de contemplar todos los acontecimientos, sino como el intento de relacionar un aspecto histórico con los demás.

En Europa, pero particularmente en Francia, a partir de la década de los treinta comenzaron a difundirse las primeras innovaciones que fueron poniendo fin a la explicación y a la escritura de la historia tradicional, heredada del siglo anterior. Esas aportaciones, obra exclusiva de historiadores y no de filósofos,¹ fueron el resultado de las reflexiones que se hicieron sobre el objeto de estudio, los métodos y las relaciones que deben existir entre las diferentes disciplinas científicas.

Tal y como puede apreciarse en la historiografía mexicana de principios de siglo, los estudios históricos se ocuparon fundamentalmente de la política, pero sin establecer un vínculo con los demás aspectos de la realidad. Los autores de entonces, conforme a la idea que tenían de la historia, no hicieron ningún intento por entender y comprender lo político a partir del análisis de

1. Tradicionalmente la historiografía francesa ha desconfiado de la filosofía. Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México: FCE, 1997, p. 163.

los factores económicos y sociales. Esto se debió, en parte, a la débil relación que había entonces entre esta disciplina con las demás, y al desprecio que sintieron hacia los modelos explicativos que proporcionaban las ciencias sociales, y viceversa. Al mediar la centuria, los historiadores comenzaron a recurrir con mayor frecuencia a los métodos propuestos por las ciencias afines, y los estudiosos de éstas a apoyarse en las perspectivas históricas. De esta manera, se fueron alejando de la simple descripción de los hechos para introducirse en el análisis y en la explicación de los mismos, por un lado, y en la búsqueda de lo general o lo recurrente, por el otro.

En este tránsito, la escuela francesa, representada por Lucien Febvre y Marc Bloch, hizo aportaciones sustanciales. Quienes formaron parte de esta escuela fueron miembros de una generación inconforme con las deficiencias metodológicas de sus antecesores y con la forma de escribir la historia. Con mucho entusiasmo se inclinaron a favor de “una historia más amplia y más humana”, que incluyera todas las actividades realizadas por el hombre y que se preocupara por el análisis de las estructuras. Febvre y Bloch fueron los promotores principales de que los historiadores se acercaran a las disciplinas análogas a la historia, y de que se creara “un mercado común de las ciencias sociales”.² Gracias a estas contribuciones, la investigación histórica y las condiciones que la rodeaban sufrieron modificaciones de fondo. Quizá haya quien pueda restarle importancia a la influencia que ejerció esta corriente en la orientación de los estudios que se refieren al pasado humano, pero su influjo es por demás evidente.

El siglo XX no sólo fue rico en cuanto a la aparición de métodos que propusieron nuevas formas para aproximarse al objeto de estudio, sino en reflexiones acerca de la mejor manera de escribir la historia. En este sentido, Hayden White hizo notar que las obras históricas tienen una estructura verbal que combina

cierta cantidad de ‘datos’ y conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como

2. Peter Burke. *Historia y teoría social*. México: Instituto Mora, 1997, pp. 26-27.

3. *Metahistoria*. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX. México: FCE, 1992, p. 9.
4. Alvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo*, (1911-1935). México: FCE, 1999, p. 15.
5. Entre otros, destacan los trabajos de Sergio de la Peña, *La formación del capitalismo en México*. México: Siglo XXI, y los de Enrique Semo, *Historia mexicana. Economía y luchas de clases*. México: Fra, 1978.
6. Concepto acuñado por P. Nora y E. Le Roy, *La nueva historia*. Bilbao: Ediciones Mensajero, s.a., p. 475.

la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados.³

Durante el transcurso del siglo XX cuando menos pueden identificarse cuatro teorías que predominaron y orientaron los estudios históricos, a saber: el positivismo, el historicismo, el marxismo, y la nueva historia, las cuales tuvieron sus propios defensores.⁴ En la primera parte de la centuria, la corriente filosófica de Augusto Comte fue la que encauzó a los historiadores y la que guió a los diseñadores de los programas de estudios de los distintos niveles escolares. En las siguientes décadas, los planteamientos historicistas y marxistas se pusieron de moda,⁵ y marcaron la pauta de las investigaciones.

Podemos añadir también que en esta centuria que está a punto de concluir, "el territorio del historiador" se amplió considerablemente.⁶ Como este espacio se extendió, gracias a que lo perceptible por el científico social contempló otros aspectos, en los dos últimos decenios se han estudiado en México temas muy novedosos que con anterioridad los historiadores jamás se habían imaginado. O sea, se ha presenciado una sorprendente expansión del campo de los estudios históricos que, sin lugar a dudas, constituye uno de los grandes avances que ha logrado nuestra disciplina. Comenzaron a aparecer obras dedicadas a analizar la sexualidad, la religiosidad, el trabajo, la familia, la mortalidad, la locura, la alimentación, el matrimonio, los libros y la lectura, etc., temas que aproximaron a la historia con otras disciplinas como la psicología, la biología y la antropología, por ejemplo. Incluso, hoy podemos observar que la frontera entre la literatura y la historia prácticamente ha desaparecido.

Hasta muy entrada la segunda mitad del siglo XX, la nueva historia empezó a tener seguidores en México, preferencia que fue compartida en un principio con el historicismo y el materialismo histórico. La orientación que le dieron los representantes de la Escuela de los Annales a la historia hacia lo social, pero fundamentalmente hacia lo cultural y lo antropológico, am-

plió tanto el campo de estudio de los historiadores, que los nuevos temas que empezaron a estudiarse sorprendieron a propios y extraños. Junto con la ampliación del territorio de la historia, el relato histórico dejó de ser un mero registro, y se dio prioridad al análisis crítico de los procesos humanos. Este examen cuidadoso, la selección de los hechos y la aplicación de métodos novedosos, trajo por resultado que en sus trabajos el historiador impugnara y denunciara concepciones basadas en mitos, en individuos providenciales y en nacionalismos extremos.

Además, con la difusión de la nueva historia, que privilegia el estudio de las mentalidades, se pasó de un enfoque preocupado en remarcar las diferencias sociales, a uno que se interesaba más por las particularidades regionales, lo que favoreció el acercamiento de esta disciplina con la geografía. Esta feliz circunstancia propició la aparición de estudios sobre el paisaje y el clima,⁷ por un lado, y los que identificaban y caracterizaban a una región, por el otro. En México, a partir de los años setenta, la historia regional cobró un impulso que no se ha detenido. Desde entonces, la producción historiográfica que se genera en cada uno de los estados que conforman la República mexicana es verdaderamente sorprendente. Hoy, cada entidad federativa dispone de estudios muy serios sobre la economía regional, las clases sociales, la educación, la Iglesia, pero, sobre todo, de historias estatales que dan cuenta detallada de los procesos históricos.

Más recientemente, en las dos últimas décadas del siglo que agoniza, la historia cultural impulsada por los franceses René Rémond y Georges Duby, ha captado la atención de muchos investigadores que ahora estudian las creaciones y las reflexiones del hombre en el pasado, a tal punto que no son pocos quienes la presentan como el mejor de los paradigmas para aproximarse a los tiempos anteriores.

Otra situación por la que está atravesando la historia es su parcelación. Hoy hablamos de historia económica, social, cultural, agraria, política, militar,

7. Por ejemplo "Los aspectos geográficos en la colonización del Nuevo Mundo", de Silvio Zavala, publicado en la *Revista Geográfica del Instituto Panamericano de Geografía e Historia*, t. XXIX, julio-diciembre, 1961; y Alejandra Moreno Toscano, *Geografía económica de México*. México: El Colegio de México, 1968.

8. *En torno a la filosofía mexicana*. México: Alianza Editorial Mexicana, 1980, pp. 21-22.

9. *Historia particular del Estado de Jalisco*.

institucional, educativa, de las mentalidades, etc., lo que ha conllevado a la especialización del historiador. ¿Cómo debe interpretarse esta fragmentación? ¿Indica un progreso o un retroceso? ¿Impide o restringe la comprensión de lo social? Si hemos admitido que el desarrollo humano es un proceso articulado, y que la dimensión social engloba todo, ¿por qué entonces insistir en separar las partes? Este es un tópico muy cuestionable, pues hay quienes lo justifiquen y quienes no estén de acuerdo. José Gaos, por ejemplo, tras de admitir que sólo existe “la historia humana en su totalidad”, explica que la división del trabajo y la diversidad hacen forzosas y posibles las historias especiales, las que aportan su parte correspondiente para integrar la historia humana.⁸

En el plano regional, la historiografía ha recorrido este mismo camino. Desde principios del siglo XX, el positivismo fue, sin lugar a dudas, el marco interpretativo que utilizaron los historiadores locales si tomamos en cuenta que fue el apego irrestricto a los hechos comprobados una de las características principales de las obras históricas. La otra nota que los distingue es la narración elocuente de los sucesos notables, acompañados de un discurso vigoroso, más que de un análisis y de una interpretación de los problemas. La centuria se inició con la aparición de la primera historia de Jalisco,⁹ preparada por Luis Pérez Verdía en tres volúmenes, la cual se publicó en 1910, época en que la escritura de la historia ya estaba circunscrita a los cánones marcados por el positivismo. Se trata de una obra en la que el autor relata los acontecimientos políticos y militares más sobresalientes de una manera lineal y conforme a un orden estrictamente cronológico, haciendo un esfuerzo por dar una explicación objetiva. En la trama de los acontecimientos, como era la moda entonces, los grandes personajes, elevados a la categoría de héroes, son los actores principales, y los sucesos locales aparecen enmarcados dentro del contexto nacional.

En dicha obra no se observa ningún intento por establecer una relación sistemática entre los diversos as-

pectos del pasado con el propósito de entender la política a partir de los fenómenos sociales y económicos. Pero esto se entiende si tomamos en cuenta que en ese entonces, cuando se pensaba que la historia la hacían los grandes hombres, la clasificación de los datos o de los hechos iba de acuerdo con esa idea. Hoy nos puede parecer muy estrecho ese criterio de selección, pero no debe olvidarse que cada generación de historiadores tiene y aplica sus propios parámetros.

En la obra de Pérez Verdía se perciben escasas referencias a las fuentes documentales. El autor más bien introdujo párrafos que en lugar de respaldar o apoyar su discurso, lo interrumpen. ¿Se trata de un descuido? La omisión de citas no constituye un problema de investigación, sino de estilo. En este sentido, Pérez Verdía, como tantos otros de su generación, siguió el modelo de los grandes historiadores del Renacimiento, es decir, el de la tradición clásica. Desde principios del siglo, y hasta muy entrada la segunda mitad, los historiadores locales mostraron, además, un rechazo hacia otros modelos interpretativos que pudieran poner en riesgo la objetividad.

Al lado de Luis Pérez Verdía, a quien debemos reconocer el mérito de haber abierto el panorama historiográfico del siglo XX, figuran otros autores prolíficos como Alberto Santoscoy, pionero de la historia social y económica en Jalisco. Santoscoy abordó temas relacionados con la religiosidad, el comercio, las élites y las costumbres de la sociedad local, los cuales han servido de base a las investigaciones recientes.¹⁰ Ambos historiadores fueron los guías de una generación numerosa de estudiosos del pasado integrada por Arturo Chávez Hayhoe, Luis Páez Brotchie, Manuel Cambre, Leopoldo I. Orendáin, Jesús Amaya, Ricardo Lancaster Jones, José Cornejo Franco y José Luis Razo Zaragoza, entre otros, quienes emplearon los mismos criterios. Los temas favoritos de la mayoría de ellos fueron la conquista del Nuevo Reino de Galicia y la fundación de Guadalajara, los cuales estuvieron basado en las obras de Antonio Tello y Matías de la Mota Padilla. De esta generación,

10. Todos sus trabajos han sido recopilados en Alberto Santoscoy, *Obras completas*. Guadalajara: UNED, 1984, 2 vols.

11. El primero es autor de *Cosas de viejos papeles*, el segundo de *Ameca. Protofundación mexicana*, y el tercero de *Haciendas de Jalisco y alrededores*. Otros trabajos monográficos de estos tres historiadores fueron publicados en la *Gaceta de Guadalajara*, entre 1949 y 1964.

12. *Op.cit.*, p. 15.

13. "La función social del historiador", *Vuelta*. México: Año XIX, núm. 218, enero de 1995, p. 15.

únicamente Orendáin, Amaya y Lancaster Jones incursionaron por senderos poco explorados hasta entonces, como los de la historia agraria, económica y social.¹¹

La primera mitad del siglo XX, época en que estos historiadores dieron a conocer sus estudios, fue también muy rica en producción historiográfica, pero pobre en propuestas teórico-metodológicas. De hecho, las teorías utilizadas en ese tiempo fueron un legado de la centuria pasada. Álvaro Matute destaca que en todo el mundo occidental, la historiografía del siglo XX recibió la herencia del anterior.¹² No nos queda la menor duda de que así fue, pero ello no indica que hubo un estancamiento. Como dice Enrique Florescano, el historiador es "un individuo acuciado por el deseo de superar herencias del pasado y de renovar su oficio a partir de los desafíos que le impone el presente."¹³ Los signos y las necesidades del tiempo, el de cada uno de los historiadores, imponen nuevas formas de rescatar o recuperar la memoria histórica, lo que permite una renovación en cada una de las explicaciones.

Un gran cambio empezó a registrarse en los estudios históricos regionales en la década de los setenta, impulsado por una primera generación de historiadores profesionales egresados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, cuya formación teórico-metodológica conllevó la incursión en otros terrenos hasta entonces inexplorados y la utilización de otras teorías que comenzaban a generalizarse dentro de la academia mexicana. La profesionalización del historiador y el hecho de que algunos comenzaran a hacer estudios de posgrado, favoreció, a su vez, la fundación de institutos dedicados a impulsar los estudios históricos, cuyos investigadores, al emplear otros métodos y ocuparse de temas hasta entonces ignorados, ampliaron el panorama de la historia regional y ayudaron a crear un ambiente académico que fue acercando a la interdisciplinaria. La historiografía que empezó a producirse a partir de los años setenta indica el advenimiento de una época en que la historia empezó a pensarse, a leerse y a escribirse de manera distinta.

Uno de los primeros proyectos que se emprendieron y que se inscriben en el tránsito de la historia tradicional a la moderna, fue el de escribir una nueva historia de Jalisco, que dirigió José María Muriá desde el Centro Regional del INAH en el Occidente, fundado a fines de 1972. Al mismo tiempo, otro grupo de investigadores del Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Guadalajara iniciaba otras investigaciones de temas socioeconómicos que fueron enriqueciendo y ampliando el conocimiento que se tenía de la historia regional.¹⁴ José María Muriá, Mario Aldana, Manuel Rodríguez Lapuente, Carmen Castañeda, Alma Dorantes y Jorge Alarcón, pueden ser considerados los pioneros de una historia renovada.

La *Historia de Jalisco*, dirigida por Muriá, se apartó de la tradición historiográfica y constituyó, como es de suponerse, una novedad tanto por su enfoque historicista como por haber sido una empresa colectiva, es decir, en la que participaron historiadores especialistas en distintos campos de la historia. Esta obra, publicada entre 1980 y 1982, cubrió una necesidad y satisfizo los requerimientos de una época y de una generación. Otro proyecto digno de mencionar por su magnitud y su alcance es el que coordinó Mario Aldana. Se trata de *Jalisco desde la revolución*, un estudio que abarca de los tiempos revolucionarios a la década de los ochenta, escrito en 15 volúmenes. Las dos obras mencionadas, las que dirigieron Muriá y Aldana, aunque distintas, sobresalen por su envergadura.

Los años setenta bien podrían identificarse como el decenio en el que se fundaron los centros de investigación histórica en Guadalajara y en el que aparecieron los primeros estudios con un enfoque distinto al tradicional, algunos de ellos conforme a los lineamientos del materialismo histórico. A mediados del siguiente fue cuando empezaron a publicarse trabajos que indican la apertura del campo de estudio de los historiadores; aparecieron, por ejemplo, textos sobre las élites, la sexualidad, la familia, la cultura, el arte, la criminalidad, el bandolerismo, etc.¹⁵ En cuanto a estos temas que

14. Entre otras, Mario Aldana. *Desarrollo económico de Jalisco, 1821-1940*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1978.

15. Por ejemplo: Jaime Olveda. *La oligarquía de Guadalajara*. México: CONACULTA, 1991. Carmen Castañeda. "Noviazgo, esponsales y matrimonio". *Comunidades domésticas en la sociedad mexicana*. México: INAH (Col Científica, 255). 1994; y *Violación, estupro y sexualidad*. Guadalajara: Editorial Hexágono, 1989.

actualmente están llamando la atención de historiadores y estudiantes. ¿hay que verlos también como un progreso de nuestra disciplina o es simplemente lo que interesa a la generación presente?

Aún el tema favorito de la historia tradicional, el de la política, ha sido replanteado. La preocupación de hoy consiste en explicar, desde este punto de vista, el tránsito de la sociedad tradicional a la modernidad, así como el desplazamiento de las antiguas formas de pensar por las modernas, o sea, analizar las implicaciones políticas que surgieron cuando se pasó de la condición de súbditos a ciudadanos. Tradición y modernidad son dos conceptos que están siendo examinados por los historiadores, los cuales se discuten ampliamente en las reuniones académicas. La nueva historia sostiene que esta transición puede comprenderse mejor si se relaciona lo político con lo económico, lo social, lo cultural y con las mentalidades.

La influencia de la escuela francesa no sólo se percibió en la producción historiográfica, sino en la modificación del plan de estudios del Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara y en la aparición de tesis profesionales que se apartaban de los temas tradicionales para ocuparse de problemas relacionados con la historia de las mentalidades o de la cultura.

En términos generales, la historia regional ha experimentado un auge sorprendente en los últimos 25 años. Hoy puede afirmarse que no hay entidad federativa que no cuente con una historia general y una amplia bibliografía sobre temas monográficos. Esta producción, puesta al alcance de la sociedad, no sólo ha permitido enriquecer el conocimiento que se tenía del pasado, sino que ha proporcionado los elementos necesarios para reforzar la identidad y defender los intereses regionales. Los reclamos de descentralización y desconcentración, y los que exigen una nueva relación entre los estados que integran la República mexicana y el gobierno federal, son resultado de la expansión que ha tenido la historia regional.

Además, la gran difusión que alcanzó la historia regional puso de relieve la existencia de una historia plural que la clase política trató de diluir para imponer una idea única del pasado mexicano. Hoy se admite que existen muchas y diversas memorias que fueron borradas en determinada época, respondiendo a intereses de grupos específicos. Desafortunadamente el rescate o la reconstrucción del pasado regional ha tenido algunas desviaciones: muchos historiadores la circunscribieron a los límites políticos-administrativos de cada estado, la exaltaron demasiado -como queriendo presentar la idea de un tiempo glorioso que desvaneció la historia nacional- y la enfrentaron a ésta. También se han hecho esfuerzos por encontrar una periodicidad propia de la historia local. Con ello no se pretende desincorporarla del contexto general sino, al contrario, mostrar que los procesos regionales tuvieron ritmos distintos.

Conclusiones

El camino recorrido por la historia en este siglo XX y los cambios que se han registrado, ¿significan un verdadero avance?, ¿dan lugar para afirmar que esta disciplina ha progresado? Indudablemente que sí, aunque surjan algunos cuestionamientos al respecto. Los pasos que la historia ha dado hacia adelante consisten en haber establecido una relación con otras disciplinas y en la ampliación del campo de estudio. Esta aproximación o reconciliación condujo a una nueva interpretación y escritura del pasado, a la interdisciplinariedad, y a un diálogo constructivo entre los científicos sociales. Hoy nadie duda de que se pueden obtener mejores resultados si se trabaja en forma conjunta que aisladamente. Eric Hobsbawm lo ha dicho muy bien cuando afirma: "No creo que la historia pueda llegar a alguna parte como disciplina seria mientras se aisle, con varios pretextos, de las otras disciplinas que investigan las transformaciones de la vida..."¹⁶ El acercamiento entre los mismos historiadores se ha visto favorecido por la tec-

16. *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica, 1998, p. 77.

nología. Los investigadores sociales, aprovechando la computadora y el *internet*, han construido redes nacionales que agrupan a los interesados en algún tema en particular, y han formado asociaciones que organizan congresos para discutir los avances del conocimiento histórico.

A pesar de las preguntas que aquí se plantean y de otras que el lector pueda formular, y que pueden cuestionar el progreso alcanzado por la historia, es evidente que esta disciplina llega fortalecida y enriquecida a finales del siglo XX. Hay algunos historiadores que incluso están convencidos de que en esta centuria, de todas las ciencias sociales, la historia fue la que más avanzó, la que hizo mejores aportaciones. En el umbral del nuevo siglo y del milenio, la historia ha reorganizado su material y logrado distanciarse de lo estrictamente narrativo, pero aún existen historiadores convencidos de que esta disciplina no puede o no debe ser abordada a partir de un molde o modelo que indique al historiador "lo que la historia debería ser".¹⁷

Tal aseveración sugiere que el positivismo dejó, cuando menos en México, una huella que no ha podido borrarse por completo. La historia narrativa, la que se apoya fundamentalmente en los acontecimientos, no ha desaparecido del todo, pese a las críticas de sus numerosos adversarios. La búsqueda de la mejor manera de organizar los hechos y de escribir la historia sigue siendo una preocupación sobre la que habrá que reflexionar en los tiempos venideros.

17. Corcuera de Mancera, *op.cit.*, p. 158.

Sociología en Guadalajara¹

Cristina Gutiérrez Zúñiga
Rogelio Marcial
El Colegio de Jalisco

Delimitación

La práctica académica de la sociología en Guadalajara, en lo que concierne a investigación y análisis sociales, se encuentra diseminada entre diversas instituciones de la ciudad. La primacía corresponde, por dimensiones y antigüedad, a la Universidad de Guadalajara; otras instituciones son el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente (CIESAS-Occidente), El Colegio de Jalisco, así como departamentos especializados en universidades como el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

En lo que concierne directamente a la formación de profesionales, tan sólo la Universidad de Guadalajara, desde 1977, imparte la licenciatura en sociología. Especializaciones y posgrados son ofrecidos por diversas instituciones. Ninguno se presenta como sociológico en sentido restringido.

El presente trabajo se circunscribirá a presentar algunos aspectos del estado de la investigación y la docencia en sociología en la Universidad de Guadalajara, institución que conjunta una gran variedad de investigaciones y análisis sociales en sentido amplio, y la docencia específica en sociología a nivel licenciatura.

1. Agradecemos a Zeyda Rodríguez, a Sonia Reynaga y a Cynthia Cortázar la valiosa información que nos proporcionaron para la realización de este artículo.

¿Y quién hace sociología en Guadalajara?

En un sentido disciplinar específico, la responsabilidad recae directamente en el Departamento de Sociología, dentro de la División de Estudios Políticos y Sociales y parte del Centro Universitario en Ciencias Sociales y Humanidades (CUCSH). Esta dependencia está constituida como departamento de estudios básicos

articulados en torno al trabajo académico en disciplinas específicas. Estos departamentos son sede de los programas de licenciatura y recae en ellos la responsabilidad de la formación básica en las distintas carreras.²

Además de la docencia, en estos departamentos se realizan funciones de investigación, difusión y vinculación.

Sin embargo, entendida la sociología en un sentido amplio, es decir, referida al análisis socio-histórico, nos encontramos con una gran cantidad de investigaciones dispersas entre los departamentos del CUCSH. Además del Departamento de Sociología, se encuentran los departamentos especializados que "se dedican sobre todo a la investigación en torno a objetos de estudio empíricos concretos que son abordados desde perspectivas interdisciplinarias".³ Estos departamentos no hacen investigación en teoría social básica. En ellos la frontera de las disciplinas con frecuencia se vuelve más frágil que en los departamentos de estudios básicos. Involucran, por supuesto, a sociólogos, al igual que a politólogos, comunicólogos o historiadores que se centran en una gama de fenómenos sociales como los movimientos sociales o la comunicación social. Este enfoque especializado, aún teniendo un origen azaroso y con frecuencia relacionado con la preeminencia de algunas figuras, cobra su sentido en la medida en que vuelve posible la colaboración interdisciplinaria.

Esta dinámica interdisciplinaria e incluso interdepartamental, ha tratado de reactivarse a través de la convocatoria a conformar los denominados Grupos de Liderazgo Académico. Entre éstos se puede mencionar a aquellos que estudian fenómenos urbano industriales

2. *Guía académica*. Guadalajara: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, 1998, p. 24.

3. *Ibid.*, p. 25.

(sociología del trabajo), los que tratan movimientos sociales y sociología política, o el amplio tema de cultura, comunicación y sociedad. Mientras permanezcan abiertos a la participación de quienes tratan el tema y no se conviertan en grupos cerrados de trabajo, o nuevos "cotos académicos", podrán incidir en esta dinámica de creciente multidisciplinariedad.

La enseñanza de la sociología

Tal vez sea ésta la ventana más transparente a algunas tendencias de la disciplina como tal y a los contextos ideológicos en los que surge y se transforma.

La licenciatura en sociología fue creada en 1977, con una fuerte influencia del programa de estudios entonces vigente en la carrera de sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), programa en el que varias materias estaban estrechamente vinculadas a la teoría del materialismo histórico de Karl Marx.⁴ Los maestros que la iniciaron en la Universidad de Guadalajara no eran sociólogos, sino filósofos, psicólogos, e historiadores; no fue sino hasta varios años después, cuando llegaron profesionales egresados de otras escuelas de sociología.⁵

Nació bajo la impronta de hacer del cambio social (revolucionario) toda una opción profesional y militante, como consta en el dictamen de su creación:

Se crea la licenciatura en Sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara a partir del presente año escolar [1977], calendario B que prevé la formación de un profesionista-sociólogo definido como aquél que estudia las obras del hombre a través de sus instituciones, así como la conducta del mismo, y así como también las fuerzas que le han dado impulso determinando su cambio y continuidad; investiga las formas de conciencia social o ideológica, los conflictos de clases que las producen y las contradicciones históricas que dan lugar a su proceso de desarrollo.⁶

En comparación con los alumnos actuales, los inscritos en las primeras generaciones tenían un mayor

4. Entrevista con Sonia Reynaga Obregón, realizada por Rogelio Marcial en Guadalajara, Jalisco, el 25 de octubre de 1999.

5. Entrevista con Zeyda Rodríguez, realizada por Cristina Gutiérrez y Rogelio Marcial en Guadalajara, Jalisco, el 11 de octubre de 1999.

6. "Dictamen emitido por el II Consejo General Universitario el 29 de Julio de 1977". Cit. en Sonia Reynaga Obregón, *Los futuros sociólogos: Aproximación a su formación, representaciones y mercado laboral*. Guadalajara: Fondo Editorial Universitario-PIIS-Universidad Autónoma de Aguascalientes, 1998, p. 213.

promedio de edad, con frecuencia no habían egresado recientemente del bachillerato, tenían un menor nivel socioeconómico y realizaban un trabajo simultáneo que era importante fuente de ingresos para sus familias. Era frecuente la militancia política en algún partido o movimiento social, dentro y fuera de la propia Universidad.

Con el transcurso de los años, la demanda de los propios estudiantes fue cambiando, así como sus circunstancias. En el decaimiento del programa se hicieron presentes un sinnúmero de factores locales y extralocales, entre los que se pueden mencionar: el contexto de democratización en el plano nacional; la disminución en la popularidad del marxismo como doctrina política; la frecuente ortodoxia dogmática en la que docentes estancados resumieron al propio materialismo histórico dentro de las aulas; el surgimiento de nuevas teorías; la aparición de nuevas opciones profesionales dentro de las ciencias sociales, y hasta el hecho de que los estudiantes de la universidad tenían menor edad y mayores recursos económicos.⁷

Un elemento particularmente importante y paradójico fue que el vínculo entre el trabajo de investigación y la formación profesional, al menos en esos años, se rompió. Ambos quehaceres caminaron en forma independiente, de manera que mientras la disciplina se fortalecía en términos de ejercicio profesional con el crecimiento de investigadores y proyectos vinculados a la sociología, la formación de estudiantes sufría un decrecimiento. En los primeros años de la década de los noventa, se llegó a tener cuatro alumnos por grupo.⁸

Los directivos de la carrera decidieron iniciar el proceso de modificación del plan de estudios. La fundamentación de la necesidad de este cambio resulta sumamente elocuente sobre el estado de la sociología, así como la dirección del cambio propuesto lo es respecto a las nuevas tendencias de la disciplina, como podrá percibirse.

Mientras en otras ciudades del país empresas privadas y agencias del gobierno estaban contratando so-

7. Reynaga. *op. cit.*, p. 224.

8. Entrevista con Sonia Reynaga...

ciólogos para algunos de sus proyectos, en Guadalajara ninguna instancia de este tipo sabía para qué servía un sociólogo. Además, en algunos proyectos asignados al programa oficial de Solidaridad, el gobierno de Jalisco concebía el trabajo del sociólogo sólo como prestador de servicio social, ya que se concebía que como profesional tendía a ser problemático por la fuerte carga de "marxismo" que había recibido en la Universidad. Finalmente, existían algunas iniciativas de la sociedad civil (básicamente cooperativas de autogestión) que necesitaban del trabajo de sociólogos, pero que no sabían dónde buscarlos. Por todo lo anterior, los directivos de la carrera pensaron que ésta era pertinente, pero que había que llevar a cabo un trabajo sistemático de fortalecimiento de la información sobre el quehacer profesional del sociólogo.⁹

A través de una comparación curricular con otras universidades, un diagnóstico de habilidades de estudiantes, y del mercado de trabajo para el sociólogo en Jalisco, se redefinió el perfil profesional del egresado. Además de las funciones de investigación, docencia y extensión de la cultura, se plantea que el egresado de la licenciatura

podrá desempeñar labores de planeación, organización, conceptualización, ejecución y evaluación en instituciones sociales públicas o privadas. Tendrá la capacidad de intervenir profesionalmente en programas, organizaciones e instituciones, para superar problemas o proponer alternativas de desarrollo.¹⁰

Más que el erudito en temas de economía marxista o de historia, se busca en la actualidad un profesional reflexivo y capaz de tomar decisiones y diseñar estrategias en torno a problemas de distinto nivel. No se busca la fidelidad teórica a autores clásicos, sino su uso para un adecuado diagnóstico con distintos niveles de generalidad: desde la interacción cara a cara, hasta sistemas socio-regionales.¹¹

En la actualidad, la carrera se conforma por seis semestres de formación básica y dos de especialización, con siete opciones en colaboración con otros departa-

9. *Idem.*

10. *Guía académica*, p. 64.

11. Entrevista con Zeyda Rodríguez...

12. *Acción docente*, p. 68.

mentos de estudios básicos y especializados de la misma Universidad.

El rediseño curricular incluyó, además del eje teórico y metodológico, el denominado "de intervención profesional" o práctica profesional, cuyo objetivo es el de "mantener un diálogo reflexivo con las situaciones en las que desarrollará su actividad resolviendo problemas específicos".¹²

Vale la pena resaltar este aspecto, no sólo por su importancia dentro de la concepción curricular que actualmente ofrece la Universidad, sino también porque revela otras problemáticas de la propia profesión sociológica: el éxito de este proyecto de intervención profesional depende, en buena medida, del éxito de la vinculación de la Universidad con organizaciones sociales, empresas y programas gubernamentales. Es decir, de que estas instancias tengan una idea clara de lo que puede significar la colaboración de un profesional de esta disciplina. No es sorprendente que el mayor éxito de este proyecto sea justamente en los programas gubernamentales, en los que, además, la intervención se ha traducido posteriormente en proyectos de tesis e incluso contrataciones.

En donde parece haber más trabajo por hacer es en el ámbito empresarial y de organizaciones civiles, que significa una opción laboral por construir, y cuya importancia relativa puede aumentar frente a las posibilidades reales de contratación académica en este momento. En efecto, a diferencia de lo que sucedía con las primeras generaciones de sociólogos egresados de la licenciatura, entre quienes ahora hay investigadores y sobre todo funcionarios universitarios, la Universidad no es hoy una opción laboral (o por lo menos, no tan generosa), ya que los puestos de investigación y docencia se encuentran saturados. En cambio, también a diferencia de lo que era para las primeras generaciones, la Universidad sí es ahora una opción para la formación de posgrado, como veremos más adelante.¹³

13. Entrevista con Zevda Rodríguez...

Por lo pronto, y para efectos del propio planteamiento curricular de la licenciatura en sociología, la

modificación ha tenido buenos efectos. El ingreso actual gira alrededor de la cifra de 20 alumnos, que resulta equiparable con la de otras disciplinas humanísticas como Letras o Filosofía.

Sin embargo, las diferentes posibilidades para titularse han influido negativamente en el quehacer de investigación al interior del Departamento.¹⁴ Como se indicó, ello ha provocado una disminución importante en el número de tesis profesionales, pero también este proceso ha provocado una tendencia a que los investigadores adscritos al Departamento no encuentren entre sus alumnos los posibles asistentes de investigación y la posibilidad de que se conformen grupos y que se vayan creando "escuelas" con profesores y sus "seguidores".

Con los pocos alumnos que deciden titularse por medio de una tesis lo que ha pasado es que, en los últimos semestres, al escoger entre las diferentes "opciones" dentro de la sociología,¹⁵ van acercándose a una temática y a investigadores involucrados en ella y así se va estableciendo un seguimiento. En realidad, se ha pretendido que el alumno no se "especialice" en un sentido limitado,¹⁶ sino que entienda que puede involucrarse en una parte del estudio sociológico sin perder la visión global sobre la disciplina y su práctica profesional.¹⁷

Por su parte, la formación a nivel posgrado que ofrece la Universidad no posee un enfoque disciplinar sociológico en sentido estricto. Aunque en otro momento la Universidad ofreció una Maestría en Sociología en colaboración con el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales (COMECSSO), ahora ofrece una Maestría en Ciencias Sociales, otra en Comunicación Social, y otra más en Estudios sobre la Región en colaboración con El Colegio de Jalisco. Por su parte, el programa de doctorado también es en Ciencias Sociales, pero éste en colaboración con CIESAS-Occidente. Después de varias generaciones de este programa, a partir de este año cada institución ofrecerá el grado por separado.

14. Para las cuestiones relacionadas con el número de alumnos inscritos, de primer ingreso, egresados y titulados, cfr., Reynaga, *op. cit.*, p. 74.

15. Estas "opciones" fueron creadas de acuerdo a las orientaciones de los departamentos especializados del CIESU.

16. De ahí el nombre de "opciones" y no el de "especializaciones".

17. Entrevista con Sonia Reynaga...

Investigación en sociología

Haremos algunas exploraciones y reflexiones acerca del quehacer de investigación en el CUCSH. Abarcaremos, por una parte, la investigación sociológica en sentido estricto, las tesis realizadas por los alumnos de sociología, así como los proyectos y líneas de investigación que implican un análisis social en sentido más amplio.

a) Investigadores y líneas de investigación.

De acuerdo con la base de datos de 1998 sobre los Proyectos de Investigación del CUCSH, existen 313 investigadores, de los cuales 83 son asistentes y 230 responsables de proyecto. De esta simple cifra podemos afirmar que el esquema de proyecto individual es una figura importante dentro del Centro en términos generales.

A nivel específico, si consideramos aquellas investigaciones cuya línea de adscripción es propiamente sociológica (especialidades de la sociología) nos encontramos con ocho líneas de investigación y 14 investigadores, es decir, estrictamente el personal adscrito al Departamento de Sociología.¹⁸ Otra particularidad del Departamento es que existen pocos sociólogos de primera formación en él, e incluso algunos que se dedican a la sociología provienen de otras disciplinas.¹⁹

Pero es claro, como se ha venido sosteniendo, que la tendencia de las investigaciones dentro del centro es hacia el debilitamiento de las fronteras disciplinares y el abordaje de temáticas desde la óptica de las ciencias sociales en sentido amplio. De esta manera, podemos afirmar que aproximadamente la mitad de las líneas de investigación (45 de 80) se refieren a este tipo de análisis social. Aunque cada línea de investigación tiene en promedio cuatro investigadores, existen ciertas concentraciones temáticas notables que requieren justamente de un análisis interdisciplinar en sentido amplio: comunicación, cultura política, globalización, identidad e industrias culturales. Contra la aparente tendencia a la dispersión, dentro de estas líneas los

18. "Base de datos sobre Proyectos de Investigación", CUCSH, Universidad de Guadalajara, 1998.

19. *Idem*.

investigadores se agrupan por decena, e incorporan a ellas proyectos de investigación profesional, como tesis para obtener grado de maestría o doctorado. Habría que decir que no es común en estos grupos la participación de los investigadores adscritos al Departamento de Sociología.

b) Orientación, rama disciplinar y ámbito geográfico-espacial.

Para acercarnos al amplio quehacer de la sociología en sentido estricto, y del análisis social en sentido amplio en la Universidad de Guadalajara, revisamos someramente tres aspectos básicos de investigaciones y tesis de licenciatura: la orientación ya sea teórica o empírica del análisis, la rama disciplinar en la que se apoyan los enfoques aplicados y el ámbito geográfico-espacial del estudio. Reportaremos estos resultados separando tesis de investigaciones, a fin de poder observar la forma en que coinciden o se distancian los trabajos de investigadores dentro del CUCSH y las tesis que se realizan en el Departamento de Sociología.

No pretendemos afirmar que ello es suficiente para tener una visión de conjunto y coherente al respecto; pero al menos es una forma, entre otras más, de acercarse a su comprensión.

En el primer aspecto, resulta evidente que en la Universidad no existe una tradición de realizar estudios de análisis teórico y/o metodológico dentro de las escuelas del pensamiento sociológico. Mientras que, como tendencia común, los alumnos de la carrera de sociología demuestran cierto interés en estos asuntos teóricos, pues el 24% de las 91 tesis realizadas entre 1981 y 1998 se centraron en ellos (una de cada cuatro tesis), sólo el 2% de los 97 proyectos de investigación con enfoque sociológico realizados en el CUCSH en el periodo reflejan este tipo de interés, (véanse las gráficas I y IV).

Por su parte, tomando sólo en cuenta aquellas tesis profesionales que realizaron una investigación empírica (70), encontramos que el 27.7% de ellas se inscriben en la sociología política, el 20.5% en la sociología del

trabajo, el 19.2% en la sociología de la cultura, el 16.8% en la sociología de la educación, el 6% en la sociología de la salud, el 4.8% en la sociología urbana, el 3.6% en la sociología rural y el 1.2% en la sociología de la religión.

Estas tendencias sí coinciden con las investigaciones realizadas en los departamentos especializados del CUCSH relacionados con la sociología. De los 95 proyectos de investigación que implican un estudio empírico, el 30.5% se inscriben en la sociología política, el 26.3% en la sociología de la cultura, el 15.8% en la sociología de la educación, el 9.5% en la sociología del trabajo, el 7.3% en la sociología de la religión, el 6.3% en la sociología urbana, el 3.1% en la sociología rural y el 1% en la sociología del derecho (al respecto, véanse las gráficas II y V). A pesar de existir algunas modificaciones interesantes -por ejemplo, que se reducen significativamente los estudios insertos en la sociología del trabajo, se incrementan los de la sociología de la religión, desaparecen los de la sociología de la salud y aparece un proyecto de investigación sin antecedentes (o seguidores) entre los tesisistas relacionado con la sociología del derecho-, en general, las demás ramas disciplinares mantienen tendencias similares.

Si ponemos nuestra atención en el ámbito o escala geográfico-espacial del estudio, vemos que de las tesis aprobadas entre 1981 y 1998, casi la mitad, el 48.5%, se remiten a la zona metropolitana de Guadalajara; el 30% de ellas lo hacen al estado de Jalisco; 5.7% tienen que ver con el Occidente del país; 11.4% con México, y 4.3% con otros países. En cuanto a los proyectos de investigación del CUCSH, los que tienen que ver con Guadalajara descienden al 28.5%; los que estudian a Jalisco llegan al 32.6%; el 3.1% se encarga del Occidente mexicano; el 21% estudia algo relacionado con México, y el 14.7% está referidos a otros países. Acá lo sobresaliente está en el descenso, a la mitad, de los estudios que se refieren a la capital jalisciense, mientras que los que pretenden abarcar procesos que tienen que ver con el país entero se incrementan casi al doble y, fi-

nalmente, se percibe un incremento significativo de estudios que tienen que ver con realidades externas a México (véanse las gráficas III y VI).

A pesar de no ser totalizadora, esta visión somera de algunas tendencias comparables entre lo que los alumnos del Departamento de Sociología están estudiando y lo que los investigadores de alto nivel del CUCSH hacen, ofrece una oportunidad para percibir la práctica profesional de la Sociología en Jalisco, al menos en la única institución académica (pública o privada) en la que existe en tanto que disciplina establecida.

Reflexión final

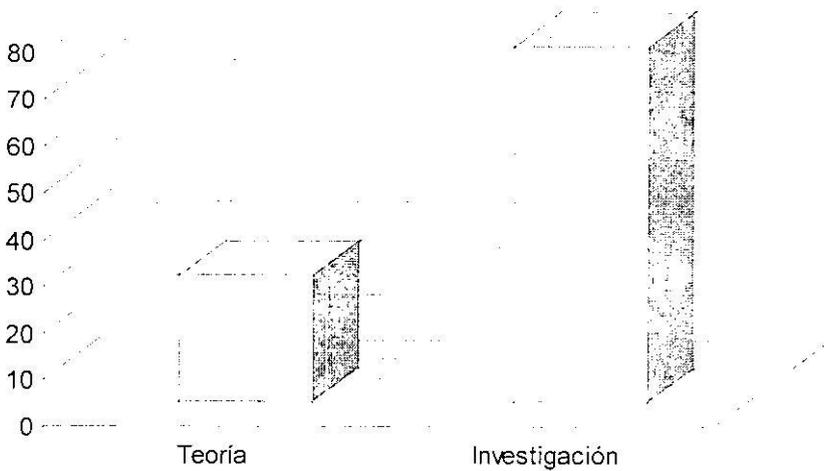
La Sociología, entendida en sentido restringido como disciplina al lado de la Economía, la Historia, la Geografía, o la Antropología, tiene una presencia reducida. Su labor más constante y sólida se refiere a la formación de estudiantes a nivel licenciatura. Su labor investigativa es actualmente muy escasa.

Sin embargo, la tendencia en la investigación de ciencias sociales es al debilitamiento de las fronteras disciplinares, y la colaboración en la investigación en torno a temas concretos que no se definen exclusivamente como sociológicos. Ello se ejemplifica en la adscripción de investigadores en departamentos especializados por temáticas, es decir, fuera de los departamentos de formación básica; así como en su relativa concentración en ciertas líneas de investigación como comunicación, cultura política, globalización e industrias culturales. En ellas, la aportación sociológica resulta tan presente como necesaria.

En la revisión de proyectos de investigación referidos al análisis social en sentido amplio y de tesis de licenciatura en sociología, resultó patente el predominio de la investigación empírica sobre la teórica; el interés por las áreas de política, cultura, trabajo y educación, y la ubicación mayoritariamente local y regional, tanto de tesis profesionales como de investigaciones de alto

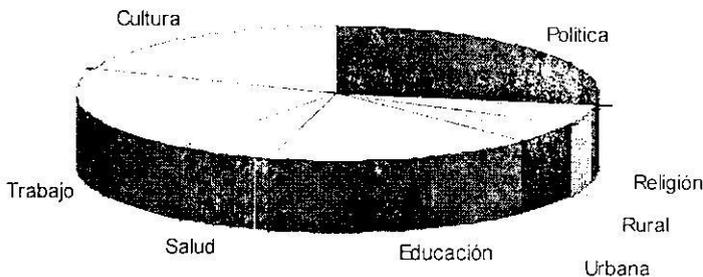
nivel. Por su parte, en cuanto a la formación a nivel licenciatura, los recientes cambios curriculares buscan una expansión en el propio perfil del sociólogo, su identidad profesional y sus perspectivas laborales, más allá del las fronteras propiamente académicas y gubernamentales. El ámbito privado, tanto el empresarial como el de organizaciones civiles, aparece como un posible espacio de trabajo profesional para los sociólogos, pero en ello tienen que trabajar los directivos de la licenciatura y los propios egresados de ésta.

Gráfica I. Relación entre análisis teórico e investigaciones de caso en las tesis de la Licenciatura en Sociología de la Universidad de Guadalajara (1981-1998).



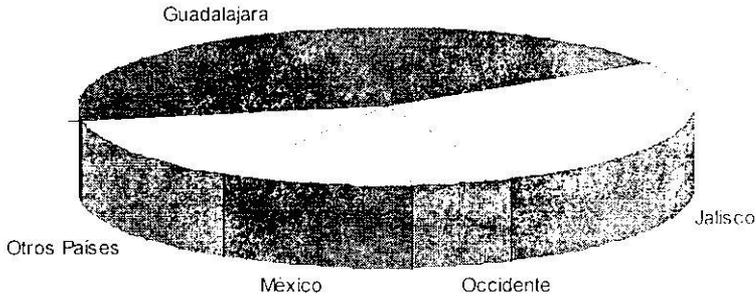
Fuente: Departamento de Sociología, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara (n-91).

Gráfica II. Ramas disciplinares en las tesis de la Licenciatura en Sociología de la Universidad de Guadalajara (1981-1988).



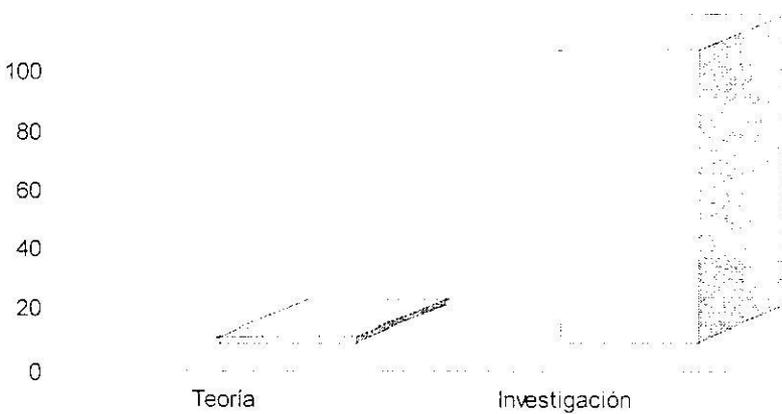
Fuente: Departamento de Sociología, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

Gráfica III. Ámbito de estudio en las tesis de Licenciatura en Sociología de la Universidad de Guadalajara (1981-1998).



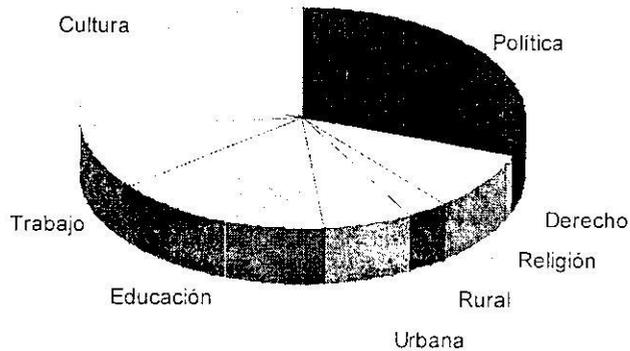
Fuente: Departamento de Sociología, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

Gráfica IV. Relación entre análisis teórico e investigaciones de caso en los proyectos de investigación del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara (1999).



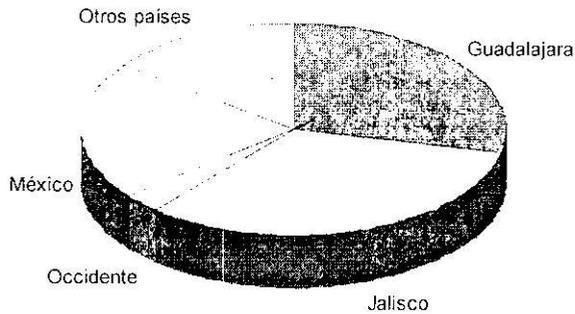
Fuente: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara (n-97).

Gráfica V. Ramas disciplinares en los proyectos de investigación del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, relacionados con la Sociología.



Fuente: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

Gráfica VI. Ámbito de estudio en los proyectos de investigación del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.



Fuente: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara.

La fuerza de la historia oral

Agustín Vaca
El Colegio de Jalisco

Quizá una de las funciones más importantes que toca a las ciencias históricas cumplir, sea la de enfrentar a la humanidad con sus hechos. El que los participantes en ellos, como individuos, resulten execrables o dignos de admiración para sus contemporáneos y para las generaciones posteriores, es juicio que no corresponde al historiador formular.

Lo que sí constituye la labor propiamente historiográfica es analizar y relacionar acontecimientos con el fin de intentar explicarlos y darles todo su significado y sentido en el conjunto general de la historia. Para lograr esto, el historiador debe llevar a cabo una minuciosa investigación que le permita adquirir un profundo conocimiento de las circunstancias que posibilitaron el desarrollo y consumación de los sucesos, sin perder de vista sus vínculos con el presente.

El uso hace costumbre y con frecuencia ésta se convierte en ley incuestionable. Así, a partir de las pos-trimerías del siglo XVIII, y ya con carácter normativo bajo el influjo del positivismo decimonónico, el historiador se vio constreñido a fundamentar sus argumentaciones en los documentos que estuvieran a su alcance, debido, por una parte, a la veneración fabricada en torno de ellos por su antigüedad, y por la otra, al enaltecimiento de que ya era objeto la letra escrita, sobre todo la impresa.

Quien más, quien menos, pero la tendencia común era -como aún lo es- considerar incontrovertible la veracidad de la información adquirida mediante la lectu-

ra, en tanto que aquella que se obtenía de viva voz era vista con escepticismo y suspicacia, y se le concedía un escaso -cuando no nulo- valor como fuente para el conocimiento de la historia.

Esta desconfianza positivista se extendió hasta el campo de la producción literaria, cosa que dejó a las narraciones autobiográficas en una situación de descrédito que duraría hasta bien entrado el siglo XX. Si por un lado, pues, a la literatura no se le reconocía ningún valor para el conocimiento científico del pasado humano, las narraciones autobiográficas -completas o episódicas-, casi siempre eran excluidas de uno de estos dos campos -el artístico o el cognoscitivo- cuando no de los dos.

Ni siquiera hace falta decir que aquí me refiero a las que aseguraban su pervivencia por medio de la letra escrita y a las que alcanzaban el lustre que da la imprenta. Las que se transmitían oralmente no pasaban de la categoría de cuentos más o menos entretenidos y hasta interesantes que en muy pocas ocasiones trasponían los límites del círculo familiar o el de las relaciones amistosas.

La rigidez de esta separación entre escritura y oralidad, por una parte, y entre escritura artística e histórica, por la otra, también disociaba tajantemente razón y emotividad, como si éstas no fueran capacidades humanas interdependientes e interactuantes en la formación y adquisición del conocimiento.¹

De tal suerte, la exigencia positivista de procurar la objetividad a toda costa, orilló a los historiadores a despreciar las experiencias individuales y a considerar a los testimonios orales indignos de crédito, debido al punto de vista personal desde el que se emiten; es decir, a la subjetividad inherente a ellos. En consecuencia, hasta hace poco tiempo, las aportaciones que podían hacer los participantes y testigos del acontecer histórico a un conocimiento más profundo de éste, eran desaprovechadas de manera lastimosa.

En resumen, en lo que atañe a las ciencias históricas, sólo lo transmitido por la lengua escrita tenía vali-

1. Cfr. Norbert Elias, *Compromiso y distanciamiento*, Ensayos de sociología del conocimiento, Trad. José Antonio Alemany, Barcelona: Ediciones Península, 1990, pp. 91 y ss.

dez, y todavía había que excluir de aquí a los textos cuyos propósitos fueran predominantemente artísticos.

Hacia el tercer decenio de este siglo empezó a tambalearse la certeza positivista de que la Historia era una disciplina que podía presumir de tener un carácter científico, en el sentido en que este término se aplica a las ciencias naturales. Los historiadores mismos, al contacto con otras disciplinas sociales, cobraron conciencia de la relatividad del conocimiento inherente a sus investigaciones, relatividad que estaba determinada por el carácter necesariamente incompleto de las fuentes de información disponibles y la naturaleza ficticia de las reconstrucciones históricas, estas últimas casi siempre ligadas a la posición ideológica del historiador ante los acontecimientos del pasado.

Con el surgimiento de la historia social, el sujeto histórico sufrió un saludable desplazamiento. De los grandes hombres, la atención de los historiadores pasó a fijarse en la intervención de las masas, de los grupos sociales subalternos, para determinar el rumbo de la historia. Marginados o por lo menos soslayados hasta entonces por la historia positivista, encontrar las huellas de estos nuevos sujetos exigió el recurso a métodos de investigación y fuentes de información distintos de los tradicionales, cosa que propició la reincorporación del testimonio oral al conjunto de fuentes informativas.

Ya en los años veinte, Jean Norton Cru se había propuesto

formar un abanico sobre la guerra con los testimonios de los combatientes, darles la fuerza que sólo pueden tener mediante el agrupamiento de las voces del frente, las únicas autorizadas a hablar de la guerra, no como un arte, sino como fenómeno humano.²

Según Norton Cru, los documentos escritos acerca de la guerra en su totalidad estaban deformados. De ahí que para él, los documentos oficiales sólo

permiten concebir el conjunto, tratar lo general... Pero tratar lo general sin consultar a aquéllos que han actuado, sufrido, vivido al detalle los hechos particulares, es crear un general por completo disociado de toda realidad.³

2. Jean Norton Cru, *Du témoignage*, 4a. ed. París: Gallimard, 1930, p. 26.

3. *Ibid.*, p. 34.

Así, reprocha a la historia militar el haberse ocupado de las grandes batallas, de las estrategias, de las armas, etc., y asegura que si la gran Historia se ocupa de la realidad y no de la imaginación, entonces debe también dar cuenta de

las penas, angustias, cóleras, odios, deseos, juicios, de la filosofía de la guerra del soldado; del papel psicológico y material que jugaron en la batalla la máquina humana y los instrumentos de guerra, pero no de acuerdo con los jefes, sino según aquél que fue dicha máquina y que manejó tales instrumentos [bajo] el peligro, el miedo, el horror de la muerte, únicos elementos que cuentan en la guerra.⁴

4. *Ibid.*, p. 39.

Todo esto, según Norton Cru, eran cosas “desconocidas, o más bien, mal conocidas y despreciadas, lo cual es peor”.

Si bien Norton Cru se refería específicamente a la historia militar, muchos de los fundamentos que expone para recurrir a los testimonios orales con el fin de dar una imagen más completa de la Primera Guerra Mundial, con toda legitimidad pueden aplicarse a otros fenómenos sociales.

Lo primero que salta a la vista es el desapego y hasta desconfianza hacia los documentos escritos como única fuente de conocimiento histórico, debido a la parcialidad con que registran los acontecimientos. Pero además, Norton Cru confiere al aspecto emotivo de los sujetos históricos una importancia inusitada para una época en la que todavía predominaba, en la historiografía, el precepto de sólo consignar lo comprobable mediante documentos escritos.

Con lo anterior, Norton Cru contribuye, desde el extremo del testimonio oral, a la construcción del puente que, también por los años veinte, contribuía a edificar E. M. Forster desde la novela para unir ambas formas del conocimiento acerca de la sociedad. Según Forster,

el historiador trata con acciones y con el carácter de los hombres sólo en la medida en que puede deducirlo de sus acciones. El carácter de las personas le incumbe tanto como al

5. F. M. Forster, *Aspectos de la novela*. Trad. de Francisco González Aramburo. Xalapa: Universidad Veracruzana, 1961 (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, 7), p. 65.

novelista, pero sólo puede conocer su existencia cuando salen a la superficie.⁵

Puesto que a la historiografía sólo le estaba permitido reconstruir los acontecimientos a partir de escritos oficiales, el carácter íntimo de los sujetos históricos permanecía sepultado bajo los hechos generales. Sacarlo a la superficie sólo ha podido lograrse mediante las narraciones orales autobiográficas recogidas entre los mismos sujetos históricos.

A la admisión plena del testimonio oral entre las fuentes de información histórica siguen oponiéndose con cierta tenacidad, pero cada vez con menos fuerza, la división entre lengua hablada y lengua escrita, por una parte, y por la otra, la dicotomía entre razón y sentimiento.

Para restar validez al testimonio oral, se arguye que la lengua hablada es improvisada, caótica, llena de frases incompletas, plagada de inexactitudes y de particularidades que le imprimen el origen y la educación del hablante, a lo que se añade la alta carga emotiva que la acompaña, es decir, su gran dosis de subjetividad y hasta de irracionalidad. Tales características menguan el poder de la lengua hablada como vehículo del conocimiento hasta casi anularlo.

Por eso se ha entronizado a la lengua escrita como transmisora exclusiva del conocimiento, sobre todo del científico. La consecuencia de esto ha sido que los problemas que atañen al conocimiento se discutan como

un problema puramente intelectual... como si [el conocimiento] existiera en un vacío humano, es decir, ajeno al hombre, a sus circunstancias y a su personalidad. Y sin embargo... no es sólo la "razón", sino la persona en su conjunto, lo que está inmerso en la búsqueda de conocimiento. El significado emocional del conocimiento desempeña un papel no menos importante que el de su valor cognitivo en la adquisición y desarrollo del conocimiento.⁶

De tal suerte

el método de adquisición de conocimientos que utilizan las personas es funcionalmente interdependiente y, por ende, in-

6. Elias, op. cit., p. 92.

separable del caudal de conocimientos que poseen y, en especial, de su subyacente concepción del mundo.⁷

Esta concepción del mundo se elabora con base en las relaciones que el individuo establece con el exterior, es decir, con base en el conjunto de sus experiencias personales, y aun cuando éstas no sean transferibles a otro individuo, en la comunicación de ellas

algo es transferido de una esfera de vida a otra. Este algo no es la experiencia tal como es experimentada, sino su significado. Aquí está el milagro. La experiencia tal como es experimentada, vivida, sigue siendo privada, pero su significación, su sentido, se hace público.⁸

Aquí hay que tomar en cuenta que toda vida individual rompe las barreras entre el trabajo y el hogar, entre la vida pública y la privada, con lo cual se atenúa hasta casi desaparecer la línea que separa ambas esferas de la actividad humana.

De tal suerte, la recolección de narraciones autobiográficas, puede constituirse en un método nuclear dentro de las aproximaciones cualitativas en las ciencias sociales y humanas. Permite a los investigadores situarse en un punto crucial entre el testimonio subjetivo de un individuo a la luz de su trayectoria vital, de sus experiencias, de su visión particular, y la plasmación de una vida que es el reflejo de una época, de unas normas sociales y de unos valores esencialmente compartidos con la comunidad de la que el sujeto forma parte. En pocas palabras, permite al investigador ubicarse en la encrucijada que forman la biografía y la historia, el individuo y la sociedad.

Por medio de la narración, el individuo da concreción a sus experiencias, a sus sentimientos y pensamientos en tanto que sujeto histórico, los incorpora al discurso social y los convierte en datos que permiten al investigador profundizar en la comprensión y explicación de las acciones humanas.

A partir de lo anterior, los atributos negativos que se aducen para fundamentar el rechazo del relato auto-

7. *Ibid.*, p. 88.

8. Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. Trad. Graciela Monges Nicolau. México: UEA-Siglo XXI, 1995, p. 30.

biográfico oral como fuente de información histórica quedan desmentidos. El hecho de que en la lengua hablada se encuentre el origen y la educación del hablante, y que dé cuenta de sus relaciones sociales, su cultura, su concepción del mundo en última instancia, nos lleva a distinguir entre los hechos concretos y el significado social que éstos tuvieron. Lejos, pues, de carecer de importancia para el conocimiento de la historia, los testimonios orales resultan ser insustituibles para dar a los acontecimientos la dimensión humana que se había soslayado hasta perderla casi por completo de vista.

Desde este punto de vista, el relato autobiográfico oral constituye una estructura narrativa cargada de significado social, que tiene una importancia equivalente a la de los documentos de archivo para el conocimiento histórico.

La utilización de los testimonios orales en ese sentido, ha recibido, desde el decenio de los cuarenta, el nombre de historia oral.⁹ Si bien esta denominación levanta todavía hoy polémicas en torno de su pertinencia, se ha convenido en llamar así a un método auxiliar del quehacer historiográfico, cuya materia prima está integrada por los recuerdos, grabados en cintas magnetofónicas, de las experiencias personales de seres humanos comunes que nos ayudan a reconstruir lo más fielmente posible el pasado vivo en ellos. Por regla general, obtenemos así una visión fresca y genuina de determinados episodios históricos, distinta de la versión oficial, que aclara zonas oscuras de los acontecimientos, desmitifica personajes y enriquece tanto la comprensión como el análisis del historiador, al mismo tiempo que conduce a los actores sociales a cobrar una conciencia más precisa de su intervención en la historia, contribuyendo así a la formación o fortalecimiento de la identidad grupal o nacional.

Si bien la comunidad académica en los Estados Unidos y en Europa se convenció, desde finales de los cuarenta, de los frutos que puede proporcionar la recolección de narraciones autobiográficas como fuente de

9. El recurso a las narraciones autobiográficas como fuente de información en las ciencias sociales y humanas ha recibido también el nombre de método autobiográfico. Cfr. Jean Penell, *La méthode biographique*. De l'école de Chicago à l'histoire orale. Paris: Armand Colin, 1990. Juan José Pujadas Muñoz, *El método autobiográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: CIS, 1992.

información, práctica que se ha generalizado y que cuenta con notables contribuciones al conocimiento de la conducta del hombre en sociedad,¹⁰ en México las cosas no han sucedido de la misma manera. Aquí hubo que esperar una década para que empezara a utilizarse.

Hacia 1959, el profesor Wigberto Jiménez Moreno dio principio a una serie de entrevistas con personajes destacados durante el movimiento revolucionario iniciado en 1910, material que formó el Archivo Sonoro de la Revolución Mexicana, dependiente del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Sin embargo, no fue sino hasta 1971 cuando este tipo de actividades se formalizó en el Programa de Historia Oral, adscrito al departamento de Etnología y Antropología Social del mismo INAH, encabezado por Eugenia Meyer y Alicia Olivera. Seis años más tarde, la recolección de narraciones autobiográficas empezaría a tener una de sus épocas más fructíferas, cuando se creó el Archivo de la Palabra, mismo que hacia 1981 se convirtió en el Departamento de Estudios Contemporáneos del INAH, bajo la dirección de Eugenia Meyer en sus dos etapas.

Hasta aquí, la situación de esta importante herramienta para la investigación histórica del pasado reciente en México, comparada con la que tenía en otros países, parecería más que aceptable. Salvo el caso de los Estados Unidos, donde la primera organización dedicada a fortalecer y propagar los alcances y frutos de esta fuente de información, la Oral History Association, se fundó desde 1948, hubo que esperar 25 años para que surgieran asociaciones similares en otras partes del mundo, como la británica Oral History Society (1973), o la Canadian Oral History Association (1974).

Sin embargo, en México sólo hasta 1996 se logró constituir, impulsada por Gerardo Necochea, Graciela de Garay y otros, la Asociación Mexicana de Historia Oral con la finalidad de fomentar la creación de grupos de trabajo y discusión en torno de los problemas, tanto metodológicos como prácticos, que se plantean a los historiadores orales y promover la difusión

10. Al respecto, pueden consultarse los libros de Paul Thompson. *The voice of the past. Oral History*. 2a. ed. Londres: Oxford University Press, 1988, y Jorge E. Aceves Lozano. *Historia oral e historias de la vida. Teoría, métodos, y técnicas. Una bibliografía comentada*. 2a. ed. México: CIESAS, 1996.

de sus obras. Así, aunque el franco despegue de la historia oral en México haya coincidido con el que tuvo en otros países, el ritmo que mantuvo esa actividad aquí es desigual al que conservó en otras partes.

Entre 1959 y 1983 el lugar desde el que mayor impulso recibió la práctica de la historia oral fue el INAH. Ahí se logró recolectar una cantidad impresionante de narraciones autobiográficas que cubren prácticamente todos los campos contemporáneos de interés para las ciencias sociales y humanas: la Revolución Mexicana, incluidas las facciones en que se descompuso, como villista, zapatista, maderista, constitucionalista, entre otras; guerra cristera, sinarquismo, sindicalismo, educación, política, cine, medicina, exilio republicano español, historia de las mujeres, etcétera.

Aun cuando esta amplitud de asuntos sea indicio de la importancia que adquirió en la ciudad de México la recolección de autobiografías orales que integraran un acervo informativo acerca del pasado reciente, desafortunadamente esto no sucedió en el resto de la República.

Por lo que atañe a Jalisco, la historia oral también tuvo un principio relativamente temprano, aun cuando éste se haya efectuado de manera informal; es decir, fuera de instituciones gubernamentales o universitarias y, lo que es más, sin que mediara conocimiento alguno de la importancia que iba cobrando el recurso a las entrevistas como medio de conservar la memoria del pasado reciente.

A principios de los cincuenta, con la publicación de la revista *David*, empezó a levantarse el silencio impuesto por la jerarquía eclesiástica en torno de la rebelión católica en contra del régimen gubernamental, rebelión que mantuvo a casi todo el país en guerra entre 1926 y 1929. Sin embargo, algunos rasgos de esas primeras manifestaciones públicas de los ex combatientes antigubernamentales, satisficieron poco al presbítero Nicolás Valdés Huerta, quien decidió recurrir a los sobrevivientes para obtener de ellos los testimo-

nios necesarios para corregir los equívocos que iba encontrando en sus lecturas sobre ese asunto.

Si en un primer momento las preocupaciones del padre Valdés eran verificar lugares y fechas de nacimiento, batallas en que habían participado, circunstancias en que acaeció la muerte de los levantados y, sobre todo, desmentir la de aquellos cuyo fallecimiento era consignado en alguna publicación pero que al mismo padre le constaba que el difunto seguía con vida, no pasó mucho tiempo sin que el sacerdote se percatara de que las grabaciones costaban mucho esfuerzo y dinero como para limitarlas a cuestiones tan puntuales y, en último caso, de mucho menor importancia que la visión que sus entrevistados tenían de las causas y desarrollo del levantamiento.

De tal suerte, los primeros testimonios orales que recolectó en 1959 presentan notables diferencias respecto de los últimos que grabó en 1972, en lo que se refiere a la formulación de las preguntas, amplitud en las respuestas y temas que abordan. El resultado de este prurito de veracidad histórica fue una valiosa colección de más de una centena de entrevistas cuya duración va desde unos cuantos minutos hasta más de una hora. Aun cuando la solitaria labor del padre Valdés haya rendido algunos frutos,¹¹ no ha sido ni reconocida ni aprovechada como se merece.

Todo parece indicar que el callado trabajo pionero del padre Nicolás Valdés en Jalisco no tuvo seguidores, y hubo que esperar hasta 1977 para que las actividades en favor de la historia oral empezaran a establecerse de manera formal en Guadalajara. Por esos años, José María Muriá, responsable de la sección de Historia del ahora Centro INAH Jalisco,¹² se empeñó en que la investigación histórica en torno de la época contemporánea de este estado, que se llevaba a cabo en el Archivo de la Palabra en la ciudad de México, tuviera su sede aquí mismo, y con el respaldo de Eugenia Meyer y el reclutamiento de dos investigadores,¹³ en enero de 1978 se echó a andar oficialmente el programa de historia oral.

11. Cfr. Pbro. Nicolás Valdés Huerta. *México, sangre por Cristo Rey*. Lagos de Moreno: Impresora Béjar. 1964 y Jean Meyer. *La cristiada*. 3 vols. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI, 1973.

12. El nombre de la institución era Centro Regional de Occidente del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

13. Julia Tuñón y Agustín Vaca. A finales de 1979, María Gracia Castillo se incorporó a este pequeño equipo.

Cabe mencionar el desconocimiento que había de la historia oral en las instituciones universitarias tapáticas y que la sola mención a ella en esos círculos provocaba por lo menos una mirada cargada de escepticismo, cuando no expresiones de franca burla, como la de asegurar que la historia anal era más divertida que la oral. Hasta donde he podido averiguar, sólo Jesús Gómez Fregoso, adepto él mismo a la recolección de narraciones autobiográficas, alentaba y guiaba a sus estudiantes en sus incursiones por este medio de recolectar información histórica de primera mano.

Las primeras tareas que tuvo ante sí el flamante Archivo de la Palabra del Centro INAH Jalisco, fueron las de realizar tantas entrevistas como fuera posible y procesar la información contenida en ellas, con el fin de enriquecer y complementar, hasta donde fuera pertinente, la documental que serviría de base para integrar el último de los cuatro volúmenes de la *Historia de Jalisco*.¹⁴

Entre 1978 y 1982 el reducido equipo de investigadores del Archivo de la Palabra local logró recolectar más de 200 testimonios orales relacionados con los más variados aspectos de la historia regional, tales como política, revolución, cristiada, sinarquismo, educación, cine, medicina, movimiento obrero, vida cotidiana, etc., acervo que se benefició con la generosidad del padre Nicolás Valdés, quien accedió a donar la reproducción de sus entrevistas, salvo la de aquellas que contenían pasajes de la vida íntima de los entrevistados y que él consideró más bien secreto de confesión.

Si bien el carácter general de la *Historia de Jalisco* no permitió un aprovechamiento óptimo de los relatos autobiográficos, es decir, la profundización en particularidades tales como el significado que tuvieron los acontecimientos para los participantes en ellos, es innegable que fue la primera obra, publicada aquí, que se hizo con el auxilio de la historia oral y que, en cierta medida, dichos relatos contribuyeron a lograr la ruptura, perseguida tanto por el director como por los cola-

14. José María Muriá (dir.), *Historia de Jalisco*, T. 4, Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 1982.

boradores de esa obra, con el enfoque centralista que hasta entonces prevalecía en las historias regionales.

Sin embargo, la carrera de la historia oral se estancó por algunos años. El agravamiento de la crisis económica en 1983 obligó a una reducción drástica en el presupuesto, con lo cual las actividades primordiales del Archivo de la Palabra en Guadalajara -realizar entrevistas, transcribirlas y ponerlas al servicio de los investigadores- tuvieron que limitarse a la sola conservación de las grabaciones ya recolectadas. Esta situación prevaleció hasta principios del último decenio del siglo XX, cuando de nueva cuenta se asignó una partida que se dedicaría a sufragar los gastos que requería la reorganización del archivo oral, y hasta más recientemente se contó con presupuesto para reanudar las tareas de recolección de testimonios orales.

Ahora bien, si durante las décadas de los setenta y ochenta el Centro INAH Jalisco fue la única institución tapatía que contaba con un buen acervo de narraciones autobiográficas, este monopolio involuntario terminó a principios del decenio siguiente.

En 1991, al hacerse cargo de la Presidencia de El Colegio de Jalisco, José María Muría se preocupó por que esta institución contara con gente interesada en la práctica de la historia oral, y pocos meses después, a principios de 1992, se logró reunir un pequeño grupo de investigadores quienes, provistos del equipamiento necesario, fundamentarían una parte importante de sus trabajos en la información obtenida por medio de la recolección de narraciones autobiográficas.

Con esto no se quiere decir que el echar mano de testimonios orales como fuentes de información sea sólo del interés de algunos historiadores del Centro INAH Jalisco y de los investigadores de El Colegio de Jalisco, ni tampoco que la historia sea la única disciplina que los ha utilizado con ese fin. De hecho, el recurso a la entrevista ha sido una técnica que se ha empleado, en mayor o menor medida y con más o menos aceptación, desde los primeros trabajos historiográficos y en

épocas más recientes en la antropología y en la sociología.

Lo que sucede es que, hasta ahora, estas dos instituciones han sido las que han mostrado su preocupación por recolectar narraciones autobiográficas de manera sistemática, conservarlas y ponerlas al servicio de la comunidad de científicos sociales y de la sociedad en general, ya sea mediante la creación de archivos que contienen la transcripción mecanográfica de las entrevistas o la publicación de libros cuya hechura no hubiera sido posible sin el recurso a los testimonios recolectados.

Evidentemente, no todos los dedicados a las ciencias sociales o humanas que recurren a las entrevistas como fuente de información dan a éstas en sus obras el mismo tratamiento ni tampoco les confieren la misma importancia. De ahí que resulte conveniente mencionar algunas de las formas más frecuentes en que se presentan ante el público.

Aunque resulte obvio, es necesario decir que la integración de archivos que resguarden los testimonios recolectados es una tarea básica de toda institución que esté interesada en la conservación de la memoria del pasado inmediato. Pero que sea básica no significa que sea una labor sin importancia ni que esta manera de dar a conocer los frutos de la historia oral sea la menos productiva. A nadie escapará que si bien este no es el objetivo final que persiguen los investigadores al realizar entrevistas, el poner al servicio de los demás un acervo de esta naturaleza bien organizado¹⁵ abre un buen número de posibilidades de colmar algunos de los huecos que deja la sola investigación documental.

En lo que se refiere a otras formas de difundir los productos de la historia oral, quizá la edición¹⁶ y publicación de una sola entrevista sea la más frecuente en nuestro medio. Por sencillo que parezca, este trabajo requiere de una gran modestia por parte del entrevistador, pues en este caso es el sujeto de la historia quien da su visión de los acontecimientos.¹⁷ Un trabajo similar al anterior, pero más laborioso, es el editar una serie de

15. Por ahora, sólo el Centro INAH Jalisco y El Colegio de Jalisco cuentan con ese servicio de consulta para los investigadores en ciencias sociales. Para ello deben cumplir con una serie de requisitos formales impuestos por la naturaleza misma del archivo en cuestión.

16. Aunque la transcripción mecanográfica de las entrevistas se haga respetando al máximo las palabras del entrevistado, para su publicación es necesario suprimir repeticiones, muletillas y expresiones similares para dar a la narración la fluidez necesaria.

17. Buenos ejemplos de ediciones de entrevistas son: *Rafaela González Chávez platica con...* Ana María de la O Castellanos. Zapopan: El Colegio de Jalisco (Testimonio zapopano), 1994; Alma Dorantes, María Gracia Castillo y Julia Tuñón. *Irene Robledo García*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, INAH, 1995, y *Alberto Varón Modiano platica con...* Cristina Gutiérrez Zúñiga y Gloria González Tejeda. Zapopan: El Colegio de Jalisco (Testimonio judío), 1997.

entrevistas con diferentes protagonistas y testigos de uno o varios acontecimientos que están íntimamente relacionados entre sí, y dejar que la narración de aquellos formen la trama de la historia desde distintos puntos de vista.¹⁸ En ambos casos, es indispensable un buen estudio introductorio, por parte del investigador que haga la edición y selección de las entrevistas.

Otra manera de aprovechar los testimonios orales es incluirlos en el estudio de un fenómeno social determinado, con el objeto de dar concreción a las hipótesis y conceptos teóricos del investigador. Por lo general, aquí se trata de entrevistas cortas, limitadas sólo al punto de vista que tiene el entrevistado acerca del tema que se le plantea. Esto exige un mayor esfuerzo analítico e interpretativo de los testimonios recolectados por el científico social.¹⁹

La novela testimonio es otro modo de dar a conocer las narraciones autobiográficas, cuya principal dificultad estriba en recrear un acontecimiento histórico en la forma de una novela, sin traicionar el punto de vista de los que proporcionan sus recuerdos como materia prima. El hecho de que en Jalisco no haya muchos escritores que incursionen en este género, hace todavía más valiosas las contribuciones de Luis Sandoval Godoy.²⁰

Si bien hay otras formas de difundir el conocimiento que proporcionan los testimonios orales acerca de la sociedad y la historia -como la construcción de una historia de vida o la de una biografía colectiva-, por último me referiré al complejo proceso de escribir la historia a partir de fuentes orales consideradas en sí mismas. Esto requiere el mismo cuidado que exige la historiografía documental: crítica de las fuentes, interpretación de las mismas y un verdadero trabajo interdisciplinario, que incluye al análisis del discurso, sociología, antropología y crítica literaria entre otras.²¹

Como puede verse, el desarrollo de la historia oral en Jalisco no ha sido fácil, ni siquiera continuo. Sin embargo, existen indicios que permiten prever un mejor futuro para este formidable auxiliar de las ciencias sociales y humanas en general.

18. Por ejemplo: Luis de la Torre y Manuel Caldera. *Pueblos del viento norte*. Guadalajara: Secretaría de Cultura de Jalisco, 1994.

19. Al respecto, pueden verse con bastante provecho: Renée de la Torre. *Los hijos de la luz*. Discurso, identidad y poder en la Luz del Mundo. Guadalajara: U de G, ITESO, CIESAS, 1995; Cristina Gutiérrez Zúñiga. *Nuevos movimientos religiosos*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1996, y Rossana Reguillo Cruz. *La construcción simbólica de la ciudad*. Sociedad, desastre y comunicación. Guadalajara: ITESO, UI, 1996.

20. Véase, por ejemplo, *La sangre llegó hasta el río*. Guadalajara: Edigonvill, 1990.

21. Buenos intentos de lograr esto son: Julia Tuñón. *Historia de un sueño*. El Hollywood tapatío. Guadalajara: U de G, UNAM, 1986. Cristina Gutiérrez Zúñiga. *La colonia israelita en Guadalajara*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1995, y Agustín Vaca. *Los silencios de la historia: las cristeras*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1998.

Hasta hace un lustro, en Guadalajara no había ninguna institución de educación superior que, entre sus cursos, ofreciera uno dedicado a los pormenores de la historia oral, y para adquirir cierto entrenamiento en ese campo era necesario trasladarse a la ciudad de México donde el Instituto José María Luis Mora ofrece un seminario-taller anual de historia oral. En 1995 esto empezó a cambiar. El Departamento de Historia de la Universidad de Guadalajara aprobó la apertura de un taller de historia oral, a cargo de Ana María de la O Castellanos, al cual, además de los estudiantes de historia, acuden los de letras, filosofía y sociología. Por su parte, Jorge Aceves incluye los principios de ese auxiliar de la historia en su cátedra de métodos de análisis cualitativo en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

Esto y la reciente proliferación de trabajos cuyos autores recurren a las entrevistas para procurarse información de primera mano, han contribuido a contrarrestar algunos malentendidos que se habían diseminado, sobre todo entre los estudiantes de licenciatura, de los que vale la pena destacar dos: el que se refiere a que para allegarse información testimonial sólo es necesario proveerse de una grabadora, establecer contacto con algunos de los participantes en algún fenómeno social y dejarlos hablar, para luego sólo aprovechar lo que resulte de interés para el que manejó la máquina y desechar el resto. El otro es la confusión entre relato o narración de vida e historia de vida.

Por lo que toca al primero, creo que lo asentado anteriormente deja muy claro lo laborioso que resulta preparar testimonios para publicarlos; es decir, las dificultades que hay que superar para dar a los testimonios una forma eficaz en la producción y transmisión de conocimientos. Así, pues, no insistiré en este asunto. En lo que se refiere al segundo, Juan José Pujadas Muñoz ya ha formulado una clara distinción entre la narración de vida y la historia de vida en los siguientes términos:

la *life story* [narración de vida] corresponde a la historia de una vida tal como la persona que la ha vivido la cuenta, mientras que el término *life history* [historia de vida] se refiere al estudio de caso referido a una persona dada, comprendiendo no sólo su *life story*, sino cualquier otro tipo de información o documentación adicional que permita la reconstrucción de dicha biografía de la forma más exhaustiva y objetiva posible.²²

A los avances anteriores hay que agregar el creciente interés que han mostrado los estudiantes de las licenciaturas en cualquiera de las ciencias sociales por la recolección de narraciones autobiográficas como principal fuente de información, interés que ha encontrado eco en algunas instituciones, como el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes que, en coordinación con los organismos estatales correspondientes, ofrece apoyo económico a los que se inician en el campo de la investigación.²³

Entre los temas que actualmente trabajan las generaciones recién egresadas de las universidades, se pueden citar los de cultura de los trabajadores, fiestas y danzas tradicionales, memoria histórica y vida cotidiana, cultura de los jóvenes, juegos y juguetes tradicionales y cultura popular urbana.

Pese a que todavía hace falta mucho por hacer para desbaratar las falsas esperanzas de aquellos que aún creen en la facilidad que ofrece la recolección de narraciones de vida para llevar a cabo holgadamente una investigación, y que para estar a la moda se debe, casi por fuerza, recurrir a entrevistas para fundamentar sus argumentos y conclusiones, todo indica que la memoria del pasado reciente está cada día menos en peligro de perderse irremisiblemente.

22. *Op. cit.*, p. 13.

23. Por ejemplo, en 1997 Patricia Núñez Gómez ganó el premio anual que otorga la Cámara de Comercio de Guadalajara a la mejor tesis de licenciatura con *El carnaval y la historia social de Autlán*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

J ESTUDIOS ALISCIENSE S

41

Introducción

José Cornelio Ramírez Acuña

Lina Mercedes Cruz Lira

La arriería en Ixcatán, Jalisco

En este trabajo, la autora da cuenta de algunos aspectos del desarrollo que propiciaron la desaparición del oficio de la arriería, así como de las circunstancias que permitieron la prolongación del mismo en una zona de Zapopan, Jalisco.

Palabras clave: Zapopan, Arriería, Desarrollo urbano

Jorge E. Aceves

Patricia Safa

La difícil tarea de ser ciudadano: el caso de Chapalita

Con base en el reconocimiento de la historia local y los microprocesos de organización y representación social, los autores hacen un valoración de los derechos ciudadanos que han motivado la acción de grupos sociales específicos para usar y apropiarse del territorio donde sus pertenencias materiales y simbólicas se expresan, se reproducen y comunican.

Palabras clave: Crecimiento urbano, Identidad, Cultura

Fernando Martínez Reding

Zapopan: ¿villa maicera o centro urbano?

Este artículo pone de manifiesto los contrastes que caracterizan al municipio de Zapopan. Parte de los lugares comunes que sirven para definir a este municipio, y enseguida da cuenta de aspectos más sustanciales y menos conocidos de este municipio tan importante para la zona metropolitana de Guadalajara.

Palabras clave: Zapopan, Crecimiento urbano, Desarrollo industrial

Gerardo Bernache

Basura y degradación ambiental en Zapopan

Aquí se destacan las razones por las que la basura se ha convertido en un problema para el municipio de Zapopan: enseguida se pasa revista a los distintos vertederos de basura, los activos y los clausurados, y al manejo inadecuado que se ha dado a los desechos, cuya consecuencia ha sido la degradación ambiental.

Palabras clave: Zapopan, Basura, Contaminación, Degradación ambiental